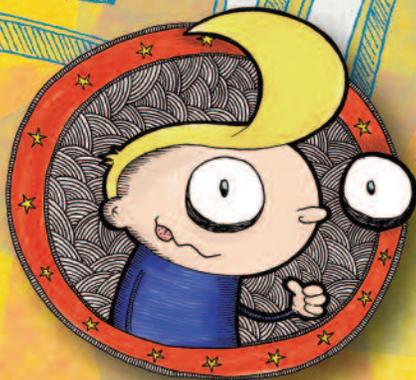


CRÓNICAS DE UN
SÚPER
PAPÁ



CRISTIAN "TETI" CAVO
LUIS PAREDES

LOS AUTORES



CRISTIAN "TETI" CAVO

Cristian Cavo es simplemente Teti. Padre de dos hijos: Tomás y Ciro, y compañero de Vale, la Negrita. Es actor, director y profesor de teatro en la Escuela Superior Integral Roberto Arlt. Forma parte del grupo Mandinga Teatro donde actúa, dirige y produce los espectáculos. Trabaja de lo que ama: el arte; y en esta ocasión, explora un nuevo camino, la escritura, basada en la experiencia de ser padre junto a sus adorados hijos.

LUIS PAREDES

Estudió Cine y Televisión. Fue miembro del estudio Garabato Animaciones con el que creó Orson, la primera serie de animación del interior del país. Luego, incursionó en la animación 3D realizando publicidades. Trabajó en postproducción y edición en televisión y, desde 2010, está dedicado a su gran pasión: la ilustración infantil. Siguiendo ese rumbo, en 2012 publicó su primer libro, Ave Sedario; y ya sueña y proyecta su segunda obra.

Edición digital de "Crónicas de un Súper Papá"
de Cristian "Teti" Cavo, con ilustraciones de
Luis Paredes, Ediciones de la Terraza, 2013.

Se invita a copiar, compartir y distribuir con
libertad, citando siempre la fuente y los autores y
prestando atención a la licencia CC con la que la
obra está publicada.

Los otros libros de Ediciones de la Terraza
pueden leerse gratuitamente en la web:
edicioneslaterraza.com.ar/portfolio

CRÓNICAS DE UN SÚPER PAPÁ

Textos
Teti Cavo

Ilustraciones
Luis Paredes



Cavo, Cristian Germán

Crónicas de un súper papá / Cristian Germán Cavo ; ilustrado por Luis Alfredo Paredes. - 1a ed. - Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2013.

112 p. : il. ; 16x22 cm.

ISBN 978-987-28164-2-1

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Paredes, Luis Alfredo, ilus. II. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 14/05/2013

Copyright: Cristian “Teti” Cavo

teatrocristian@gmail.com / www.cronicasdeunsuperpapa.blogspot.com

www.facebook.com/teti.cavo

Primera edición: Junio de 2013

Ilustraciones: Luis Paredes

www.facebook.com/paredes.a.luis

Diagramación: Artilugio, comunicación & diseño

Ediciones de la Terraza

Editores: Vanina Boco, Bárbara Couto, Mauricio Micheloud.

La Rioja 754, Terraza, Córdoba, Argentina, Tel.: (0351) 156 414498

edicionesdelaterraza@gmail.com, www.edicioneslaterraza.com.ar

www.facebook.com/EdicionesDeLaTerraza



El valor comercial de este libro es la suma de los costos de su producción, impresión y distribución más una retribución igualitaria para los autores y editores. Sin embargo, nuestro objetivo editorial es compartir la obra libremente y colaborar con la construcción de una cultura cada vez más colectiva y solidaria. Es por eso que “Crónicas de un Súper Papá” por Teti Cavo, ilustradas por Luis Paredes, se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 2.5 Argentina. Para consultar por otras atribuciones no dudes en escribirnos a edicionesdelaterraza@gmail.com.

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Dedico este libro a Tomi y Ciro,
mis hijos que me enseñan a pensar y a sentir;
y a la Negrita, mi compañera de vida.

Teti

Dedico este libro a Abril, Agustín y Romina,
los tres niños que más me inspiran en la vida.

Luis

AGRADECIMIENTOS



A la Negrita por motivarme siempre en todos mis proyectos.

A Tomi y Ciro, mi fuente de inspiración.

A Ediciones de la Terraza, por confiar en este libro.

A Enrique Orschanski por ser el primero en leer las

Crónicas y escribir el prólogo.

Y mi más profundo agradecimiento a todos los lectores

del blog que siguen atentamente cada publicación y

siempre me alentaron a editar este libro.

Teti

A Teti Cavo y a Ediciones de la Terraza por haberme invitado a tan deliciosa tarea como fue ilustrar este libro.

A mis viejos que siempre me apoyaron en todo;

a José Playo por darme el puntapié inicial;

y a mi esposa Silvina por estar siempre.

Luis

Este libro nace del blog
www.cronicasdeunsuperpapa.blogspot.com
donde Teti Cavo (con la ayuda de sus hijos)
cuenta anécdotas de su familia.

Cualquier similitud con la realidad
es altamente posible.

ÍNDICE

Prólogo	12
La gran salida	15
¡Uy, qué loco!	18
Primer día de clases	21
Y un día mi hijo se enamoró	22
Segundo día solo con mis hijos	24
Las drogas	25
La democracia	27
Zapping	27
Comida preferida	28
Semillitas	28
La fuerza centrípeta	29
La pregunta	31
Con la ayuda de mi suegra	34
Charla de hermanos	39
Conversemos	41
El canguro	44
¿Cómo se hacen los bebés?	45
Ciro cumple un año	47
Los regalos de Ciro	50
Tribunal en fuga	52
¿Dónde vacacionamos?	57
La propuesta	59
La cueva del oso, con su perro rabioso	60

Espiando la felicidad	62
Tragame tierra	65
Explicación de Geografía	67
Mi alegría es mía	68
Olorcito a domingo	71
Pocas milanesas y muchos Tomis	72
La vuelta al mundo en una hora y media	75
Lo importante son los amigos	78
Durmiendo seguro	80
¡Feliz cumpleaños!	80
La revelación	91
No quiero ser grande	93
¿Quién se enferma?	95
¿Messi es el mejor jugador del mundo?	100
¿Quién es el padre, quién es el hijo?	103
Ladronpoli	104
El gran golpe	107
Vergüenzón	111
El Futuro	112

PRÓLOGO

Las **Crónicas de un Súper Papá** tienen una sola manera de abordarlas: zambulléndose en sus páginas, dejándose llevar por el estilo directo y contundente de este escritor-padre que, con exquisita ironía, relata la intimidad de su familia.

Las historias van encadenando un modo que remite inexorablemente a Quino. Esta familia mafaldiana se compone de un padre trabajador (en este caso docente, artista), una madre criteriosa y siempre a cargo, y dos hijos. Uno mayor, con la virtud extraordinaria de subvertir el orden con preguntas y sentencias deliciosas; y otro menor, que se expresa por sus pañales, gruñidos y chupetes. Si Quino hubiera nacido en Córdoba, seguramente ésta hubiera sido su familia icónica, considerando que hasta el auto los define (no un Citroën 2CV, sí un Fitito). Cavo usa el humor para describir retazos cotidianos a través de los cuales es posible ver el universo. Su mirada, atenta y melancólica, se posa en detalles íntimos para revelar el inmenso amor de un padre presente. Porque no es sino con la mirada que hacemos existir a nuestros hijos. La ternura invade cada frase con un tono que invita a seguir leyendo. Cavo ríe, juega, se tensa, desespera y vuelve a reír en cada capítulo mostrando, con notable intensidad, que los hijos son, entre muchas otras cosas, una revancha de la vida para resucitar la infancia.

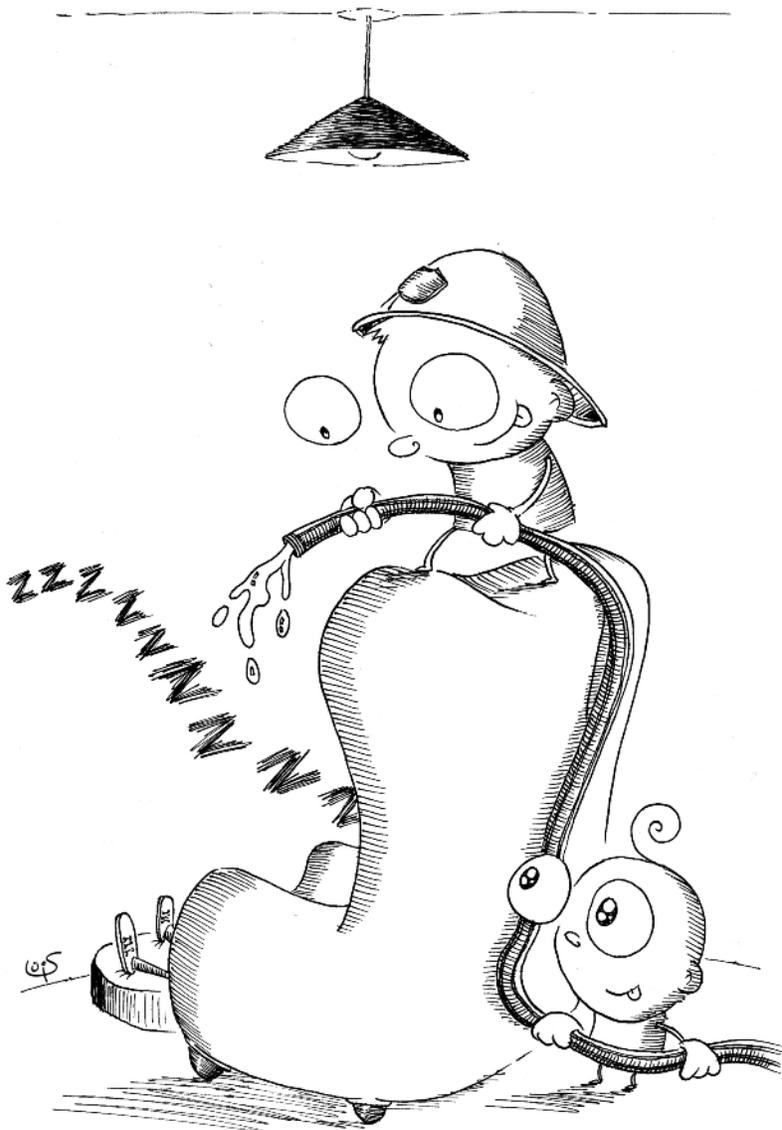
Su veta artística emerge en letras-pasos de mimo, de actuación permanente y en distintos escenarios: un departamento, la plaza, la escuela, siempre con amigos. Sin proponerlo como objetivo, Cavo remite a las estructuras principales que construyen una infancia, y las presenta desde la valentía del desconcierto. Por eso es tan creíble en sus relatos, que son el discurrir humanamente imperfecto que todos tenemos.

En cada situación asoma el temor universal de no equivocarse con sus hijos, de revisar cada paso para que la alegría sea posible. Pero tiene la virtud de no prometer a sus hijos la felicidad sino, con el coraje de los que saben que la vida tiene altibajos, expone cara y cruz de cada moneda cotidiana.

Estas **Crónicas** son un bocado imperdible para aquellos que quieren dejar de leer libros académicos sobre la crianza de los hijos. Para los que se sienten solos en situaciones caóticas, para los que quieren hacer más por los chicos y para los que se sienten en deuda. Cavo aporta el alivio necesario diciéndolo en cada renglón: solo hay que estar, solo hay que mirar, solo hay que dudar y siempre abrazar.

En estas historias hay muchas respuestas; solamente hay que disponer de la exacta sensibilidad que otorga seguir siendo niño, cualquiera sea la edad.

Enrique Orschanski



LA GRAN SALIDA

Una noche de verano se me ocurre la genialidad de llamar a mi amigo Marcos Ontivero para que nos regale unas entradas para ir a ver su obra de teatro en Villa Carlos Paz. Así que le propongo a todos alistarnos para salir. La Negrita comienza los preparativos para Ciro y me sugiere:

–Vos encargate de que Tomi se bañe y se cambie, y yo me ocupo de Ciro. En 10 minutos estamos listos.

Tomás se pone feliz y empieza a saltar como loco por todo el departamento y grita:

–¡¡Vamo' a Carlopá, vamo' a Carlopá, vamo' a Carlopá!!

–Tomás andá a bañarte así nos vamos –primer llamado para que vaya a la ducha.

–¡¡Vamo' a Carlopá a comer pizza!! ¡¡Vamo' a Carlopá a tomar coca!!

Vale me pide que le ayude a armar el bolso porque Ciro se hizo caca. Para que pueda ayudarla me da órdenes precisas:

–Amor, abrí el placard, sacá el bolso que está arriba... Bien. Ahí atrás tuyo, está el óleo calcáreo, los pañales...

–Sí, ya los puse, ¿estos? –se los muestro.

–No, esos no, los nocturnos que duran más. Bien. La maderera, la leche en polvo... No pongas todo el paquete, ponelo en el tapercito.

–¿¿Cuál tapercito?? –le grito desde la cocina.

–El que está arriba del tarro de la leche.

–¡¡Aaah!!

En ese momento, me percató que el calefón está apagado y le grito a mi hijo:

–¡Tomaaás andá a bañarte! –segundo llamado para que vaya a la ducha.

–Si me bañé ayer, y solo jugué al fútbol hoy –me contesta.

–Poné el Factor AG por las dudas, amor. ¡No te olvides de las toallitas húmedas! ¡Ah! y un postrecito. Cerrá el cochecito, un paraguas porque está feo el día, y una muda de ropa. ¿El Tomi ya se bañó?

Me asomo a la pieza y veo que Tomás está jugando con su trompo luminoso. Me enojo y le grito:

–¡¡Tomás!! ¿Qué hacés que no te bañaste todavía? –tercer llamado para que vaya a la ducha.

–¿Y para qué querés que me bañe, man??

–¡Porque nos vamos a Carlos Paz!

–¿Y por qué no me decís? ¿que querés que sea adivino, yo? –y comienza nuevamente a saltar– ¡¡Vamo’ a Carlopá, vamo’ a Carlopá!!

La Negrita y Ciro se presentan en el comedor, ¡están impecables! Ella hermosa –no sé cómo tuvo tiempo de pintarse, ponerse una pollera roja que le hace juego con sus zapatos y el bolso del bebé– pregunta:

–¿Y Tomi? ¿está listo?

–¡¡Tomaaás andá a bañarte, por favor, Dios míooo!!!

–Bueeeeno pá, tranquilate, me lo decís bien y voy... che, ¡tanto lío!

–Es que es la quinta vez que te lo digo Tomi.

–¡Mentira, pá! No me lo dijiste antes.

Estoy por explotar, pero la Negra me detiene. Entra al baño con él y en cinco minutos está bañado, cambiado y perfumado. Tomás me mira y me dice:

–Pá, ¿vos vas a ir así? ¡Dale loco, bañate que llegamos tarde! ¿Qué te pasa man? ¡No podés ser más lento, vos!

No hay tiempo. Me cambio el pantalón, me pongo una remera limpia, cargo el bolso, el cochecito, las camperas, el paraguas, y salimos.

Vamos a toda marcha en nuestro súper móvil Fiat 600 y a las tres cuadras, Ciro comienza a llorar desconsoladamente en el asiento de atrás. Su madre, que tiene el don de descifrar el llanto, vaticina:

–Hummm, ese llanto no me gusta nada, está por enfermarse o le duele algo –y lo levanta de su sillita.

Estoy por decirle que no exagere, cuando Ciro me vomita desde la cabeza hasta el pantalón. Me chorrea la leche medio cuajada dentro de la remera. Me quedo como petrificado. Diez segundos después, vuelve a vomitar dentro del auto. Tomi lanza una carcajada. Comienza a llover torrencialmente, pego la vuelta y decido volver a casa.

Tomi pregunta:

–¿Qué pasa, pá?

–Volvemos hijo, estoy todo vomitado y llueve mucho.

–Uy, ¡qué mocazo! me bañé al pedo entonces. Che pá, llegamos y bañate vos, ¿eh? ¡¡Tenés un olorazo!!

Llegamos a casa, me baño, y cuando me estoy por acostar veo a Vale con el termómetro:

-38° tiene el Ciro, amor, y no hay Termofren... vas a tener que ir...

No hace falta que concluya la frase, termino de ponerme el pantalón, y tengo "la gran salida"... a la farmacia.

¡Uy, QUÉ LOCO!

En una charla, la Negrita me planteó que necesita "hacer algo con su cuerpo, sino va a reventar", por eso acordamos que comience a ir una hora al gimnasio. Yo la veo hermosa, pero ella insiste con que quiere recuperar el peso que tenía antes del embarazo. Calculo que además, hacer una actividad personal también le va a venir bien, así puede despejarse un poco, dedicarse un tiempito para ella y volver con energía renovada. Estoy algo preocupado, pero al ver su cara desencajada me hago el superado y decido apoyarla incondicionalmente en su determinación. Le digo que no se haga problema y acepto quedarme solo con nuestro bebé.

Miro el reloj, son las 20. Una hora sin la madre no puede ser tan difícil -me aliento-. Ciro está molesto. Hace dos días que no hace caca, y eso es señal que en cualquier momento se desata el caos. Se retuerce de un lado a otro, se pone colorado, y escupe el chupete.

Comienzo a prepararme: tengo la mamadera lista dentro del termo de Telgopor, el Factor AG en la mesa de luz, en la cama está el cambiador, un pañal y óleo calcáreo. Me cuelgo el chupete en el cuello, perderlo en una situación de llanto sería catastrófico. Vale se fue hace apenas unos segundos, y Ciro comienza a quejarse. Me siento al borde de la cama, veo que hace fuerza. Le saco el pañal y comienzo a flexionar sus piernitas, se tira dos *minipeditos*. El llanto va en aumento. Empiezo a transpirar. Miro el reloj: 20.07. Le doy el chupete, lo arroja con muchísima fuerza y cae al suelo. Ya no es solo llanto, hay lágrimas también. Intento darle la mamadera, la escupe, y su cuerpo se pone tenso.

Pienso en otra estrategia ya que los masajes no resultaron. Comienzo a soplarle la colita y se calma un poco, es una mezcla de llanto aspirado con sonrisa al final. Me acerco a su colita un poco más. Sigo soplando. Percibo que está por hacer pis, pero no me da tiempo a correrme y me orina toda la cara. Manoteo una toalla y freno el último chorro. Nuevamente, comienza el descontrol. Me paro al lado de la cama. Lo miro. Colapso. Son las 20.18. Tomo el celular y mando un mensaje a su mamá: “Negrita vení que no puedo calmarlo”.

Lo alzo y comienzo a mecerlo de un lado a otro, disminuye el llanto, se queda sollozando. Mando otro mensaje: “No vengas Negrita, está más calmado”.

Lo pongo en su cochecito, no alcanzo a dejarlo que grita con toda su fuerza. Lo levanto, prendo la tele, lo pongo

cerca de la pantalla, creo que así se le va a pasar. No resulta, está más colorado de tanta fuerza que hace. Mando el tercer mensaje: “¡¡Negrita vení ya, por favor!!”.

De repente me doy cuenta que cuando pasé por la cocina quiso calmarse. Vuelvo al lugar. Efectivamente, el llanto disminuye cuando mira un atrapasueño colgado del techo. Se lo muevo y se calma, pero todavía llora. Traigo una silla, me subo arriba, comienzo a dar vuelta el atrapasueño y en cada giro exclamo:

–¡Uy, qué loco, hijo!

Mágicamente esboza una pequeña sonrisa con lágrimas en los ojos. Son las 20.33. Cometo el grave error de bajarme de la silla, vuelve el caos. Me subo rápidamente, giro el atrapasueño, y sigo: “¡Uy, qué loco!, ¡uy, qué loco!, ¡uy, qué loco!, ¡uy, qué loco!”. Se calma. Si dejo de decir “uy, qué loco” o si me bajo, vuelve el llanto. Decido quedarme estoicamente encima de la silla, cerca del techo, repitiendo una y otra vez “uy, qué loco”. Permanezco ahí desde las 20.33 hasta las 21.05, justo cuando siento que me estoy contracturando, llega la Negrita corriendo. Ve la situación, toma a su hijo en los brazos, y le da la teta. Él se calma, descansa... se caga.

Cuando todo vuelve a la normalidad, le digo:

–Negrita, me voy a la pileta. No aguanto más, siento que me estoy por volver loco.

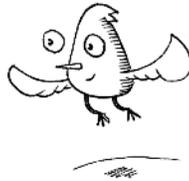
Antes de cerrar la puerta, me grita:

–¡Uy, qué loco! –y se mata de risa.

PRIMER DÍA DE CLASES

Hoy por la tarde, Tomi comienza las clases. Me parece una buena idea que repasemos algunas sumas y restas. Le doy unas operaciones para que resuelva, y luego las reviso. Están todas mal, súper mal, ni las más fáciles están bien hechas.

- Tomi de mi corazón, a ver hijo, $2 - 2$ ¿cuánto es?
- ¿Uno, pá?
- No hijo, si tenés dos naranjas, y te comés las dos ¿cuántas te quedan?
- Si me las como a las dos, ¿¿y no convido ninguna, pá??
- No importa hijo. A ver, tenés dos muñequitos, de esos que se llaman Gogos, y regalás los dos, ¿cuántos te quedan?
- Bueno pá, ¿¿en qué quedamos, naranjas o Gogos??
- ¡Es lo mismo hijo, no importa! $2 - 2$ ¿¿cuánto es??
- Y, a ver, a ver... esteee... ¡y cero! ¿¿cero??
- ¡¡Claro hijo, cero!!
- ¡¡¡VAMOS TODAVÍA!!! ¡¡¡SOY UN GENIOOOOO!!!



Y UN DÍA, MI HIJO SE ~~ERA~~ ENAMORÓ

Voy a retirar a Tomi de la escuela, llego temprano y me recuesto en el auto. Saco de la guantera –una especie de máquina del tiempo– un alfajor Tatín. Cada vez que lo saboreo me transporta, inevitablemente, a mi querida niñez con olor a siesta de Villa Dolores. Le robaba las monedas a mi papá para comprarme mi alfajor preferido y corriendo me iba a la plaza para saborearlo debajo de un árbol de mandarina.

Miro por la ventana y lo veo venir. Me sonrío y me da un abrazo como si hiciera un montón que no me ve.

–¿Cómo te fue Tomi?

–Pá, ¿estás apurado?–me dice.

Mi hijo nunca me contesta lo que le pregunto.

–No hijo, ¿por?

–Tengo que hacer una cosa, esperame.

Se adelanta unos metros y se acerca a una nena. Ella está tomada de la mano de su mamá, tiene un guardapolvo impecable y una sonrisa grandota. Tomi saluda a la señora y luego pregunta:

–Luz, ¿vos gustás de mí?

La señora me mira perpleja, yo le abro los ojos como asintiendo la sorpresa y no sé si tengo que intervenir. Alcanzo a ver que Luz se pone colorada y aprieta la mano de su

madre. Mira a Tomás y, escondiéndose detrás de la espalda de su mamá, responde:

–Sí, Tomi. Ya te lo dije en el recreo, pero vos gustás de dos.

–Sí, pero como vos gustás de mí, yo estoy enamorado de vos. ¡Chau!

Me despido en silencio. No hay nada que decir. La madre tampoco me dice nada, percibo como Luz sonríe y salta. Subimos al auto. No voy a negar que estoy emocionado por haber presenciado la primera declaración de amor de mi hijo. Entonces le pregunto:

–Tomi, ¿te gusta Luz? ¿es tu compañera?

–¿Vos a qué edad tuviste novia, pá?

–A los siete, hijo –y me acuerdo de Mercedes, mi primera novia.

–Me encanta Luz a mí.

–Sí, es linda Tomi ¿y es tu compañera?

–¿Sabés por qué me encanta pá?

–¿Por qué Tomi?

–¡¡Me encanta porque tiene unos dientes de conejo, pá, que son hermosos!!

No digo nada más. Siento un nudito en la garganta. Estoy feliz.

–Pá, ¿ese pedazo de Tatín es tuyo?

–Te lo guardé para vos, tomá.

Come el alfajor en dos bocados y se acuesta en el asiento trasero. Me quedo pensando en mi niñez y en la suya. Estamos llegando a casa, y lo miro por el espejo retrovisor... está profundamente dormido.

SEGUNDO DÍA SOLO CON MIS HIJOS

Estoy solo con mis hijos. Ciro llora y Tomás me da indicaciones:

–¡Dale la leche pá! Llamala a la mami. Hay que ir al médico. Ciro sigue llorando.

–Pá, ¿se va a morir mi hermanito?

–No hijo ¡¡por favor!!, llora nada más.

–Ah, entonces haceme un té con leche.

Le hago el desayuno con una sinfonía de llanto de fondo, pongo su taza en el microondas, y golpean la puerta. Es la vecina.

–Discúlpeme, lo escucho llorar tanto, ¿necesita algo?

–No, gracias, es la panza nada más.

–Dele té de manzanilla.

Escucho ruido en el microondas, el té con leche se desbordó. Le cierro la puerta a mi amable vecina. Mientras tanto, Ciro sigue llorando. Pongo Enya creyendo que la música angelical lo va a tranquilizar. Tomás me reclama su leche, y me recuerda:

–Pá, acordate que hoy voy a la maestra particular.

–Hoy no vas hijo, no puedo llevarte.

–Me voy a quedar de año entonces.

–Callate Tomi, por favor, no te vas a quedar de año.

Ciro llora y de repente, desentonando con la música de Enya, se escucha: “Prrrrraapraapruuutraak truuuuuuuk

Las cervezas, ¡jojo! que te traen problemas sociales, igual que el vino. Yo tome vino una vez, así poquito, me moje los labios pa' la pachamama, ¿te acordás? ¡Horrible es! El vino está hecho de alcohol y vinagre, y espumita. ¡Muerte también trae el vino! Che, pá, ¡todo muerte es esto! –y empieza a jugar con los cereales, mientras se los lleva a la boca, dice–, estos cereales son muerte, este pan es muerte, este mate es muerte. ¡Me muerdo! ¡me muerdo! ¡chauuu, me voy!, ¡Cirito aaaah, aaaah, aaaah! ¡Nos vemos en el más allá! –se desploma en la mesa, y se levanta– estoy exagerando un poco, ¿no?

Me gusta desayunar en familia.



LA DEMOCRACIA

VOY A BUSCAR A TOMI AL JARDÍN. COMO TODOS LOS DÍAS, LO SUBO EN EL HERMOSO ASIENTO ROJO QUE TENGO EN LA PARTE DE ATRÁS DE MI BICICLETA, Y COMENZAMOS A CHARLAR DE REGRESO A CASA. SIEMPRE LE PREGUNTÓ QUÉ COSAS APRENDIÓ, Y JUSTO ESTA SEMANA FALLECIÓ EL EXPRESIDENTE RAÚL ALFONSÍN Y SE CONMEMORA EL DÍA DE LOS CAÍDOS EN LA GUERRA DE MALVINAS, ASÍ QUE ÉL ME CONTESTA:

-AH, SÍ, VISTE PAPI QUE LA BANDERA NUESTRA HOY SE SUBIÓ HASTA ACÁ, Y NO HASTA ACÁ -ME MUESTRA CON SUS MANOS QUE LA BANDERA ESTÁ A MEDIA ASTA- ¿SABÉS POR QUÉ?

-NI IDEA TOMI, CONTAME, ¿POR QUÉ LA SUBIERON HASTA AHÍ?

-PORQUE MUTIÓ ARGENTINA, QUE ERA UN VESITO -COMIENZA A DUDAR- QUE CREO... SÍ, ERA UN VESITO DE DEMOCRACIA Y SE MUTIÓ POR UNOS SOLDADITOS QUE COMÍAN CHOCOLATES EN UN LUGAR FRÍO. SÍ, POR ESO LA BANDERA ESTÁ SUBIDA HASTA ACÁ, POR ESO, POR EL VESITO ESE. APRENDO MUCHO EN ESTE JARDÍN, PAPI. PEDALEÁ MÁS FUERTE ASÍ ME DA VIENTO EN LA CATRA, DALE MÁS VIENTO PAPI, DALEEEE.

ZAPPING

-PAPI, PAPI, VENÍ ESTÁN JUGANDO LA SEMIFINALISÍSIMA DE TENIS, JUEGA PARAGUAY CONTRA ARGENTINA. ¡AH, NOO! JUEGA RUSIA Y ARGENTINA... NO, JUEGA MESSI EN EL BARCELONA. ALGUIEN LLORA EN LA TELE, PAPI. ¡VENÍ! ¿JUEGA BOCA? ¿ESTÁN JUGANDO EN JUNIORS, PÁ? ¡DALE, VENÍ QUE YA GANAMOS! NO, AHORA PERDEMOS... YA NO VENGA, EMPEZÓ LA PROPAGANDA.

COMIDA PREFERIDA

-TOMI, ¿CUÁL ES TU COMIDA PREFERIDA?

-FIDEOS.

-¿Y QUÉ OTRA COSA?

-TORREJA DE FIDEOS.

-¿Y CUANDO NO HAY FIDEOS?

-CABELLOS DE ÁNGEL.

-¿Y NO TE GUSTA EL ASADO, HIJO?

-SÍ PÁ, ¡ME ENCANTA! CUANDO VIENE CON FIDEITOS.

SEMILLITAS

VAMOS EN EL AUTO CON LA NEGRITA Y EL TOMI. ÉL HACE UN AÑO QUE INSISTE CON QUE QUIERTE TENER UN HERMANITO. SENTADO EN EL MEDIO DEL ASIENTO DE ATRÁS, ASOMA SU CABECITA Y PREGUNTA:

-PAPÍ, ¿¿CUÁNDO VOY A TENER UN HERMANITO??

-MÁS ADELANTE HIJO, AHORA NO.

-DALE, ME CANSO DE DECIRTE, ¿¿QUIERO UN HERMANITO!!

-BUENO HIJO, ES QUE AHORA NO QUETREMOS.

LARGO SILENCIO Y DE GOLPE ME DICE:

-¡YA SÉ, PÁ, ¿Y SI ME DAS TUS SEMILLITAS A MÍ Y YO SE LAS PONGO EN LA PANZA DE LA MAMÁ?

LA FUERZA CENTRÍPETA

Hoy vino a casa Vanesa. Ella es una especie de hada madrina porque tiene el don de transformar mi caótica vivienda en algo habitable.

Tomás está armando “algo”, dice que es un experimento que vio en la tele: colocó una bandeja encima de la mesa y le pega con cinta adhesiva unos hilos en los cuatro extremos. Ciro chupetea tranquilito. Vanesa mira de reojo la bandeja, sospecho que algo no le agrada así que pregunto:

–Tomás, hijo querido, ¿qué hacés?

Sale corriendo a seguir viendo la tele y me contesta:

–¿Sabías pá, por qué no nos caemos de la montaña rusa cuando gira?

–No hijo, ¿por qué?

–Por la fuerza centri... ¡centridífica! Algo así... ¡ahí dijeron en la tele!... fuerza centrípeta. Estoy haciendo un experimento de esa fuerza.

–Buenísimo hijo, pero con cuidado.

Vanesa le saca brillo al piso. Yo escribo en la compu. Ciro se quedó dormido en su cochecito. Tomás agregó a su bandeja un vaso de plástico lleno de agua, una galletita y un libro. Vanesa me mira preocupada, y yo intervengo:

–Hijo, ¿qué vas a hacer con eso?, mirá que está todo limpio, ¿no? Tené cuidado.

–Despreocupate pá, estoy aumentando mis conocimientos en esta fuerza. ¿Sabías que las curvas están diseñadas con

la fuerza centri..., con esa fuerza?, para que no choques. Eso dice la tele, pá.

Tomí ha tomado los extremos de las cuerdas donde se sujeta la bandeja con el vaso lleno de agua, la galletita, el libro y le agregó monedas. Comienza a mecer la bandeja de un lado para otro. Vanesa mueve la cabeza en clara desaprobación del experimento y se corre hacia el pasillo. Me pongo firme:

–Tomás, ni se te ocurra revolver la bandeja ¿eh? Vas a romper todo.

–¿Qué te pasa man? –me contesta– está todo bien. Estoy aumentando mi conocimiento científico.

–Hijo, a tu conocimiento científico lo aumentás fuera de casa, ¿¿entendiste??

–¡Me dejaste de cara pá! ¡¡Sos mala onda, eh!!

Apoya la bandeja encima de la mesa, y yo me retiro al baño. Cierro la puerta y alcanzo a escuchar que Vanesa grita: “¡¡¡Nooo Tomiiii!!!”. ¡¡Prraaaamm, clink, crash, trummm, plum, plaf!! Salgo del baño. La fuerza centrípeta sigue moviendo la bandeja. En el piso hay agua por todos lados, el libro ha roto el juego de té, las monedas están dentro del cochecito de Ciro que llora asustado. Tomás tiene una cara de desilusión tremenda.

–Hijo, ¿qué hiciste? ¡Por Dios, esto es un quilombo!

–No funcionó la fuerza, pá.

–¡Te voy a hacer cagar hijo! ¡Rompieste todo! Hijo, a esto lo tenés que hacer afuera.

–No papi, afuera la fuerza *centrídica* no existe.

Se toma la cabeza y agrega:

–En la tele dicen cada mentira, algún día va a suceder un accidente, pá. Mejor hago los deberes, ¿no?

LA PREGUNTA

Son las 23.30, me he preparado un exquisito té que se llama Bonjour Tristesse. La Negrita lee una novela. Ciro duerme plácidamente a su lado. Solo el velador está prendido y proyecta una tenue luz naranja en la habitación. Tomás intenta repetidamente hacer una pirueta con su patineta y acompaña su “destreza” con un:

–¡Mirame papi, mirame! Aaah... no me salió. ¡Ahora, mirame papi, mirame! ¡Ahora! Aaaaah... no me salió. ¡Ahora sí, mirame papi, mirame!

Por supuesto que, entre medio de cada intento fallido, la patineta hace un ruido tremendo. Estoy por hacerlo callar, pero justo en ese momento me da una especie de ataque reflexivo psicoanalítico y siento que, a través de su “Mirame papi, mirame”, mi hijo está buscando mi aprobación, mi valoración como padre, es más, me doy cuenta de que necesita de mi estímulo para reafirmar su identidad y autoestima. Reprimo la censura y exclamo un entusiasta: –¡Qué hermoso, hijo! ¡qué lindo!

Tomi frena la patineta y me dice:

–No exageres papi, ¡qué va estar bueno si no me sale!

De manera práctica y sin reflexión psicoanalítica, la mamá le grita desde la cama:

–Hijo de mi corazón, ¡lo despertás al Ciro y te reviento!
Andá a bañarte, dale amor.

Solamente la Negrita tiene el don de que las palabras “amor” y “te reviento” suenen maravillosamente bien en una misma frase.

Tomi entra al baño, abre la ducha, deja la puerta abierta y rápidamente comienza a salir el vapor, solo se escucha el ruido del agua. Al cabo de unos minutos, me llama:

–Papá, vení que te quiero preguntar algo re importante.
Me acerco al baño y me apoyo en el marco de la puerta, la Negrita me mira desde la pieza.

–Sí hijo, ¿qué pasa?

–Pero decime la verdad, ¿Papá Noel existe? Porque mis amigos me dicen que son los padres, que ustedes cuando nos dicen en Navidad: “Miren a Papá Noel, miren a Papá Noel”, nosotros nos distraemos y es ahí cuando van a comprar los regalos y los dejan en el arbolito.

Me quedo en silencio, menos mal que la cortina de la ducha tapa mi expresión. Miro a la Negrita, ella se encoge de hombros, restándole importancia, y no sé por qué entro en un cuasi pánico, y en dos pasos estoy al lado de la cama preguntando:

–Vale, ¿qué le digo? ¿le digo la verdad? ¿no es muy chiquito? ¿Vos a qué edad supiste? Que le dure la magia, ¿no?



¿Ah?, ¿qué decís? ¿Sí? ¿No? Pero me dice que le diga la verdad, ¿le miento? ¡¿Ah?! ¿Qué hago? Y si le digo la verdad se va a dar cuenta de que hace siete años que le mentimos...

–¿Y papi? Decime.

Voy hasta el Baño.

–Y... no sé hijo... ¿vos qué pensás?

–Yo creo en Papá Noel, creo porque le voy a pedir un cuatri, ese con motor y cuatro ruedas para la arena. ¿Y vos papi creés en Papá Noel?

–Yo... sí, hijo, creo también.

Tomí corre rápidamente la cortina, me mira con cara de asombro, y me dice:

–Che, pá... ¿vos no sos muy grande para creer en Papá Noel? De fondo se escucha la carcajada de mi esposa.

CON LA AYUDA (?) DE MI SUEGRA

8.12. Me levanto para ir al baño. Todos duermen, menos la Negrita que ya se fue a trabajar. Me acerco a la pieza del Tomí y veo que duerme desparramado. Observo que en sus sábanas blancas y limpias hay restos de flancito de chocolate. Por la noche le había prohibido terminantemente que se llevara el postre a la cama. Le doy un beso y le susurro: “Te amo”. Me voy a mi pieza. Me asomo a la cuna,

y veo que Ciro duerme boca abajo contra la almohadita, lo pongo de costado, me quedo como estatua 10 segundos hasta que noto que su pancita se mueve. “Respira”, me digo a mí mismo. En ese momento, me acuerdo de que me había levantado no para mirar a mis hijos, sino porque tenía muchísimas ganas de ir al baño. Con la última fuerza de retención de mis necesidades fisiológicas tomo mi netbook.

8.29. No termino de sentarme, la netbook todavía no hizo su característico “Friuniniiii” avisando que ya se encendió, cuando escucho que suena el portero. “¿Quién será a esta hora? Hoy es lunes, el sodero viene los martes, no pienso atender” –pienso–. El timbre vuelve a sonar. Me levanto del trono, me dirijo hacia el portero y veo en la mesa una notita que dice: “Amor hoy viene mi mamá a ayudarte, así no estás solo con los chicos. Te amo, Vale”.

8.30. Vuelve a sonar el timbre con más insistencia. Me apuro a atender para evitar que Ciro se despierte con el ruido, y me golpeo el dedo más chico con la mesa. Le tiro un rosario de hermosas palabras a mi suegra, agarro el portero y digo:

–Pase Nilda.

Dejo la puerta abierta. Ciro se despertó. Tomi está parado en la puerta de su pieza semidormido y me dice:

–Pá, si son mis amigos hacelos pasar –y se vuelve a acostar.

Levanto a mi hijo más pequeño y saludo a Nilda:

–Hola suegrita, qué bueno que haya podido venir.

–Pensé que no había nadie, por eso insistí. ¿Los desperté?

–No, todo bien, ya estábamos levantados.

Mira a Ciro y afirma:

–Está desabrigado el nene.

–No Nilda, está bien así. ¿Lo alza que necesito ir al baño?

8.38. Me voy al baño y cuando salgo veo a Ciro con un chaleco de lana, gorrito, y campera de polar. La miro. Se da cuenta de que no me gusta nada y me dice:

–Lo que pasa es que acá está fresquito –y le abre el cierre de la campera.

–Nilda, hace 27°.

–Afuera –me retruca.

Ni bien se descuida, le saco la camperita a mi hijo.

Mientras tanto, el Tomi ya se levantó, saluda a su abuela y pide su té con leche. Veo que mi suegra se acerca al lavarropas, y me pregunta:

–Esta ropa, ¿está limpia?

–Sí, la lavé anoche. Ahora la cuelgo.

–Ah, si quedó toda la noche hay que lavarla de nuevo, por los hongos, digo.

Me crispo.

–No Nilda, ya la cuelgo. Lo cambio a Ciro y la cuelgo.

9.05. Estoy cambiando a mi hijo y escucho que el lavarropas comienza a funcionar. Trago saliva.

–Lo puse en el programa corto, para darle una enjuagadita nada más –me dice.

–Está bien suegrita, haga como quiera.
–¿Qué? ¿Te molestó?
–No, le dije que ya la colgaba.
–Bueno, no lavo más si te molesta... es solo para ayudar.
Me llamo al silencio.

9.22. Mis hijos desayunan y yo tomo unos mates con mi suegra. Recompongo la relación y todo está en armonía hasta que termina el lavarropas, y Nilda pregunta:

–¿Dónde cuelgo la ropa?
–Ahí, en el tender, ya lo hago.
–Pero, ¿todavía no tenés la llave de la terraza?
–No, pero no hay problema, la paso por el secarropas y la tiendo en el tender.

Llego a percibir que mi suegra ha puesto una cara de desaprobación y arremete:

–No le hace bien al Cirito.

Me quedo callado. No logro entender la relación de secar la ropa en el tender con la salud de mi hijo. Y entonces contra arremete:

–Digo que no le hace bien a los pulmoncitos del Ciro, por la humedad que emana la ropa al secarse.

–Es que no tengo las llaves, la cuelgo acá adentro.

–¿Por qué no le pedís las llaves a una vecina y yo cuelgo la ropa arriba en un ratito?

En ese momento estoy por explotar, intento contenerme, pero no puedo, y me sale:

–¡¡Noooo!! La cuelgo en el tendeeer.

–¡¡Uh, bueno, una quiere ayudar!!
–Pero, ¿no dijo que no lavaba más?, no lave más entonces.
El Tomi me mira, me revolea los ojos y me dice:
–¿Estás nervioso papi? ¿Por qué no la llamás a la mami que es más copaaada?

9.47. Respiro profundo y pongo la música de Enya, cuando Tomi la escucha dice:

–Cuando papi pone esa música es porque está por explotar. Mi suegra agarra la bolsa para los mandados y sale a hacer las compras, pero antes de cerrar la puerta sucede algo tremendo: Ciro estornuda. Nilda me mira y no deja pasar la oportunidad:

–Se va a resfriar ese nene –y cierra la puerta.

Cambio la música de Enya por Calle 13 y el Tomi dice:

–¡Esa sí que está buena pá! –y se pone a bailar. Me mira, me da un abrazo y termina su frase– Qué bueno que vino la abuela así nos ayuda ¿no?

Lo miro y largo una carcajada.

–Sí hijo, ahora nos hace la comida, está bueno.

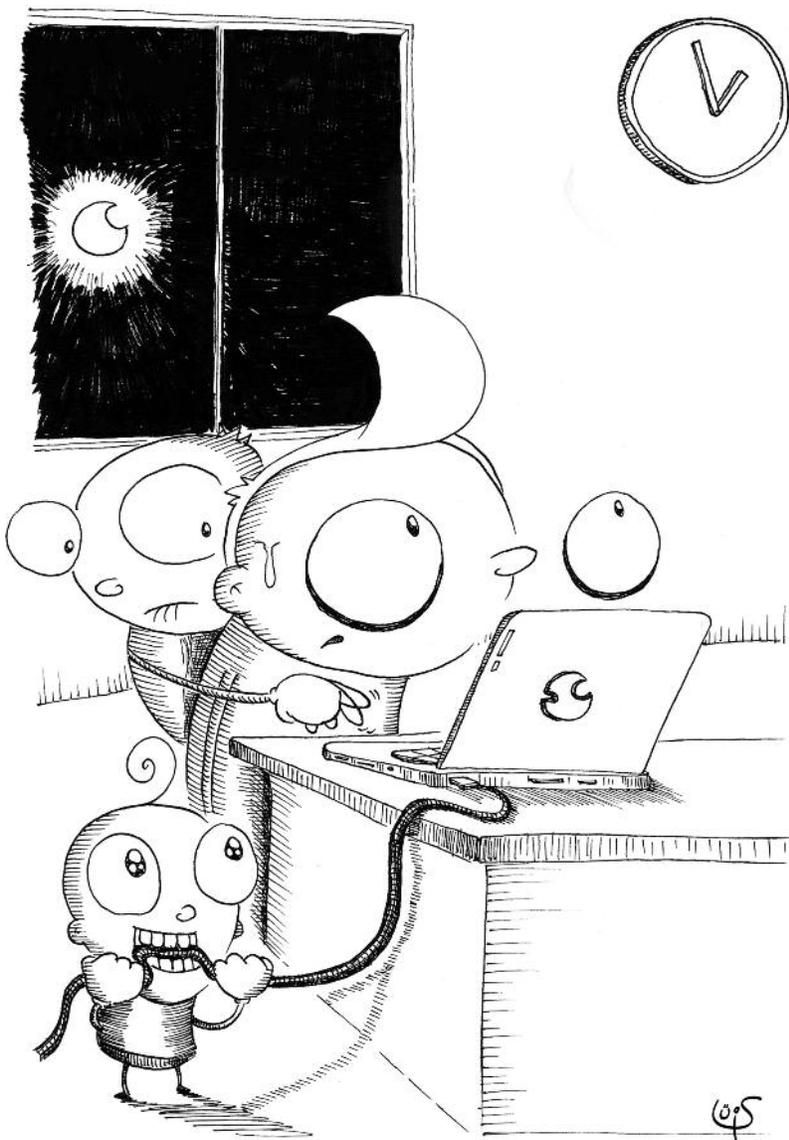
–¿Qué hora es papi?

–Son las 10.10 hijo.

–¿Falta mucho para que vaya al cole?

–Con tu abuela hijo, ¡falta una eternidad!





–¡No! Vos de arquero y yo te voy a cagar a goles.
–Aaaaauuuuuuuuuuuuuu.
–Bueno hermanito, otro día te enseñó más cosas, pero crecí rápido que me aburro con vos. Chau, ¡me voy a jugar a la Play!

CONVERSEMOS

Son las 22.30 y tengo que ir a trabajar. Tomi ha decidido acompañarme, le explico que es tarde, pero insiste:

–Dale pá, necesito que conversemos.

Le digo que no, porque tengo que ir a hablar con la diseñadora y no lo voy a poder escuchar. Se queda con mala cara y cuando estoy a punto de cerrar la puerta me dice:

–¡Qué lástima pá, iba a estar buena la conversación!

Cuando mi hijo dice “pá”, lo hace con tanto énfasis y tanta energía, que acentúa todo el orgullo que siento como papá. Me vuelvo y le hago seña para que venga, rápidamente está a mi lado, sin remera y descalzo. Le señalo los pies, le toco el pecho, y él agarra su remera y las ojotas.

–Listo papi, vamos que llegamos tarde.

Subimos al auto, se acomoda en el asiento de adelante y se abrocha el cinturón. Apenas arrancamos le pregunto:

–¿De qué querías conversar Tomi?

–¡Pá!

–¿Qué, hijo?

–Tengo dudas, ¿el Sur existe?
–Sí hijo, existe.
–¿Y dónde es el Sur?
–Para allá, hijo –y lo señalo.
–Aaaaah, y cuando uno llega al Sur, entonces no hay más Sur, o sea que en ese Sur hay Norte, otras cosas, pero no Sur.
–Siempre hay Sur, hijo.
–¡Aaaaah! ¿Los pingüinos viven en el Sur? Me pregunto yo, papi, y si viven en el Sur, si caminan para el Norte ¿se mueren? Tenemos que comprar un *elescopítico*.
–¿¿Un qué, hijo??
–Esos cosos para mirar otros mundos.
–Un telescopio, hijo. Es caro.
–¿Sale 300, 500, tres mil? ¿¿cuánto?? ¿No te alcanza? Si el mundo es redondo, siempre, ¿me explico, pá?, o sea, siempre es redondo y gira, así, ¿por qué no me caigo cuando va girando? si yo llego a estar así –se pone de cabeza en el asiento– ¿me explico, pá? Si no te alcanza, lo comprás al *elescopio*, lo ponés en la plaza y cobrás a la gente para que mire los otros mundos, por ejemplo el mundo nuevo. ¡Tenemos un problema pá! Si no encontramos ese mundo diferente, la gente se va a enojar –hace un largo silencio– bueno, le inventamos, le decimos que esa estrella es un mundo cuadrado, total ellos no van a saber, ¿me explico, pá? ¿Cuánto sale entonces el *elescopio*? –intento contestar, pero arranca nuevamente– ¿Por qué no nos caemos cuando el mundo redondo gira? o sea, ¿me explico, pá? China si está abajo o arriba, cuando gire algún día o alguna noche,

van a estar abajo y ¿no se caen o se marean o algo? ¡Pá, si no me contestás nada esta conversación es un embole!

–Bueno hijo, no nos caemos, creo yo, por la gravedad. Sé poco de eso.

–¡No! Te pregunto lo de los pingüinos, ¿se mueren si van al Norte?

–No se mueren, hijo.

–No nos caemos porque el mundo es grande y uno se va moviendo, ¿me explico, pá? ¿Existen las bicis voladoras? Para mí, sí existen. Estaría bueno tener una para ir a esos mundos nuevos, y ahí no volvemos más... ¿Sabés qué, pá?

–¿Qué, hijo?

–Esto que te voy a decir es lo más importante de toda esta conversación mía, ¿sabés qué, pá?

–¿Qué, hijo?

–Me encanta Plástica del cole ¿sabés por qué?

–¿Por qué, hijo?

–Porque la seño de Plástica, no da Plástica... ¿me explico?

–Sí hijo, te explicás.

–Buenísimo pá, así aprendés un poco vos. ¡Llegamos! Ojalá que en este trabajo haya empanaditas ¡estoy cagado de hambre!



EL CANGUZO

Ciro está intentando caminar. Se para agarrándose de todo lo que encuentra a su paso, y cuando logra quedarse parado, nos regala una amplia sonrisa y todos aplaudimos y festejamos su logro. Él disfruta de ser la estrella de la casa, y aplaude, luego se arrodilla y salta de un lado a otro.

Tomi lo estimula para que lo logre:

–¡Vamos curi! ¡Vamooooos curi, curi! Ahí. Mové un piecito. ¡Dale cunini! Así, ninini. Bien, turi, turi, pipi. Dale, así no, eso es saltar curi, yo quiero que camines chuni.

Ciro intenta, se cae, se ríe y salta arrodillado. Nosotros festejamos y su hermano mayor lo sigue alentando:

–¡Dale Cirito, que el papi festeja, pero no te sale! ¡Dale pukiki! ¡Dale Cirito! ¡¡Dale, sos medio nabito Ciritoooo!!

Infructuosamente Cirito hace lo posible, pero siempre termina arrodillado y saltando. Entonces, Tomi empieza a cambiar su estrategia:

–Che Cirito, no te sale ni bosta. Ponete las pilas, loco. Dale chabón, no seas mala onda loco. ¿Eh, pavo? ¡Pavón! –como padre, intercedo y le digo:

–Tomi, no le digas así a tu hermano. Es chiquito. A vos también te costó aprender a caminar.

–Bueno papi, ta bien, che –y continúa–. ¡Vamos curi, curi, chuni! Seguí así que el papi no se da cuenta de que sos pavazo para caminar, y te sigue festejando tus saltos sin parar. Pá, me salió una rima ¿viste?

–Sí, me di cuenta de que te salió una rima, hijo.

—¡¡Pá!!¿El Ciro va a aprender a caminar?, porque si no aprende y le seguimos festejando como salta, ¡se va a transformar en canguro! ¡Y él va a estar chocho así! Ya me lo imagino al Cirito yendo a la escuela meta saltar con las rodillas, ¡va a llegar con las rodillas hechas bosta! —se copa imaginando la situación y continúa— Estamos izando la bandera y ahí pasa Cirito saltando a izarla. Ahí viene a jugar al fútbol, ¡pero juega de rodillas! Ahí entra Cirito a su trabajo y no deja de saltar. ¡Miren, miren a ese viejito arrodillado saltando en la plaza! ¡Sí señores, esta persona no caminó nunca, pero saltó toda su vida! ¡Aplausos para el churi chunito, bieeeeeen!

Abraza a su hermano, le da besos, y Ciro disfruta los mimos. Los dos están arrodillados, me sumo a ellos y comenzamos a saltar como tres grandes canguros.

¿CÓMO SE HACEN LOS BEBÉS?

Son las 21.30 de una noche primaveral. Tomi y yo estamos sentados en el Parque Sarmiento, con un choripán en la mano y mirando de frente a la ciudad. Él lucha con el sán-guche para que no se le desarme, ya se le cayó la lechuga. De pronto, sin preámbulos ni punto aparte ni coma, todo con el mismo tono y en la misma frase, afirma y pregunta:

–¡Este choripán es una cagada, se cae todo! no puedo comerlo ¿Cómo se hacen los bebés?

–Tomi, agarrá bien el choripán así no se cae y podés comerlo.

–Ya está pá. ¿Y cómo se hacen los bebés?

–Bueno... este... a ver. Te cuento.

Tomi deja el choripán en el cordón de la vereda, toma un trago de gaseosa y me mira atento:

–Dale, contame pá.

–Bueno, mirá, ¿viste que lo varones tenemos pito?

–Sí papi, eso ya lo sé, y las nenas tienen cola.

–Sí hijo. Los varones también tenemos cola, pero las nenas adelante, por donde hacen pis, tienen vagina.

–¡¡Aaaah!! ¿Y cómo es la *angina*, pá?

–Vagina, hijo.

–Eso, ¿cómo es? A este choripán lo tiro a la mierda, pá.

–Sí, tiralo ahí en el tachito.

Se levanta y va hasta el cesto de basura. En ese tiempo, me doy cuenta de que no sé cómo explicarle cómo es una vagina, pero estoy convencido de que si hago silencio, él se va a olvidar y no me va a preguntar más. Tomi vuelve limpiándose las manos llenas de grasa en la remera blanca, y se vuelve a sentar.

–Bueno, pá, ¿de qué color son las *manginas* entonces?

–Del mismo color que el pito, hijo.

–¿Y la forma, pá?

En ese momento, recuerdo que con la Negrita acordamos que a los chicos hay que tratar de explicarles las cosas con naturalidad y claridad. Contestar sus dudas seriamente,

con un vocabulario acorde a su edad, si es posible ilustrando con ejemplos y siempre desde la verdad. Así que se me ocurre una idea genial: tomo un palito y dibujo en la tierra un óvalo con un huequito en el medio.

—Así son, hijo. Bueno, más o menos así.

Tomás mira de cerca el dibujo y dice:

—¡Qué grande pá! ¿Y para qué sirve la *nangina*?

—La vagina sirve para hacer pis, y por ahí el papi pone la semillita a la mami y se hacen los bebés. Así naciste vos.

El Tomi se para rápidamente y exclama:

—¡¡¡Aaaaaah!!! ¡Mentira, papi! ¡¡Así no se hacen, me da un bronasco!! ¡Qué mentiroso que sos!

—¿Y cómo se hacen los bebés, entonces?

—¡En la panza papi, en la panza! ¡Cómo van a subir por la *vagina*! ¡MENTIROSO!

—Tenés razón hijo, vamos a casa.

—Vamos pá, no sabés explicar nada vos.

CIRO CUMPLE AÑO

Dentro de un ratito, Ciro cumple un año. Compré unas gaseosas, palitos y pizza para hacer el brindis después de las 12 y comenzar los festejos con la familia.

Mientras preparo la mesa, la Negrita revisa la mochila de Tomi. Faltan 10 minutos para el cumple y comienzo a llamarlos para que hagamos el chin chin con el cumpleañosero:

–¡Tomi y Negra vamos a sentarnos que se viene el cumple del chuni curi!

Ciro me sonrío agarrado de una silla mientras intenta caminar, pero se cae. La Negra sigue revisando la mochila y encuentra un montón de deberes sin hacer, entonces exclama enojada:

–¡¡Tomi!! ¿Y estos deberes? ¡Y tenés incompleta la carpeta de plástica hijo!, ¿por qué no me dijiste?

–¡¡Bueno má, era feriado!! Aparte es el cumpleaños del Cirito, ¡vamos a brindar!

–No me cambies de tema, tenemos que hacer esto.

Vuelvo a llamarlos para que nos sentemos, pero sigo solo en la mesa y ya me he tomado dos vasos de vino y me he comido una porción de pizza. Giro sigue intentando caminar agarrándose de una silla a otra. La mamá continúa encontrando “sorpresas” dentro de la mochila.

–¡¡¡Hijo!!! ¿Qué es esto? –agarrando un poco de chocolate derretido–, ¡qué asco! ¡¡Tomás!!, ¿cómo te vas a olvidar esto en la mochila?

–Bueno... lo que pasa es que era fin de semana y después vino el feriado... Estamos arruinando el cumple del Cirito. ¡Vamos todos! ¡¡que los cumplas feliz... que los cumplas feliz!! Tomi comienza a cantar el feliz cumpleaños, pero se calla porque nadie lo sigue. Se acerca al Giro y le dice:

–Es tu cumple churi curi, dale vení con tu hermano que me están retando.

En ese momento, la Negrita encuentra el cuaderno de Inglés.

–¡Tomás! ¿para Inglés tenías que contestar esto?
–Sí, eso lo sabía má... pero yo no sé inglés, solo español y castellano, de “yes” no sé nada... Bueno, dejemos la mochila y ¡a festejar el cumple de Cirito!

Yo sigo en la mesa comiendo palitos, y de repente Ciro se paró solito, sin sostenerse. Todos nos quedamos mudos. Él nos mira, sonrío y da su primer paso, hace equilibrio y no se cae. Tomás le estira los brazos, Ciro continúa dos, tres, cuatro pasos, y ¡camina!, ¡¡camina!! hasta llegar a los brazos de su hermano, y se lanza al festejo... y le cantamos el feliz cumpleaños. Al fin, estamos todos en la mesa brindando y en cada brindis expresamos un deseo.

–Yo brindo por mi hijo Ciro que aprendió a caminar el día de su cumpleaños –digo muy orgulloso. Emocionada, la mamá agrega:

–Yo brindo por mis hijos, para que siempre estén sanitos como ahora, porque los amo.

Y Tomás se llena el vaso y dice:

–Yo brindo por el Cirito que me salvó de que me caguen a pedos. ¡Yupil! ¡Feliz cumpleaños hermanito de mi corazón! Y seguimos festejando que el día de su cumpleaños, Ciro aprendió a caminar.

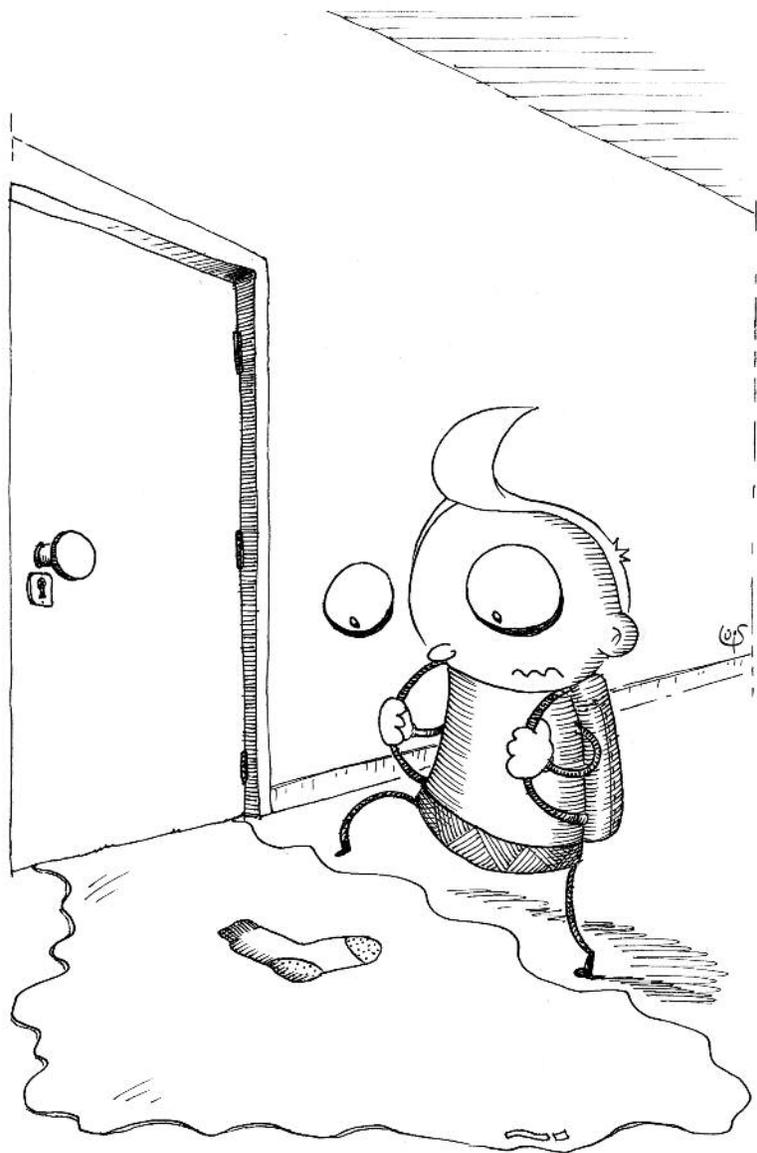


LOS REGALOS DE CIRO

Hicimos la fiestita de cumpleaños de Ciro en la casa de su tía Ceci. Fue maravilloso ver a todos los primos, tíos, abuelos, amigos, alegrándose por nuestro hijo. Ciro disfrutó al máximo, hasta el punto de quedarse profundamente dormido en un sillón, mientras los otros niños terminaban el festejo. Se cortó la torta y se entregaron las sorpresitas sin la presencia del cumpleañosero porque él decidió seguir durmiendo.

Cansados pero contentos, cargamos en nuestro fitito todo lo que sobró: gaseosas, comida, torta y los regalos, y emprendimos el regreso a casa.

Apenas llegamos, Ciro se despierta y le entregamos sus obsequios para que los abra. Le vamos dando de a uno y con nuestra ayuda abre las cajas. Hay un tractorcito, camiones, topadoras, un caminador, juegos de encastre, una calesita con luces, un carrito con pelotitas, dos apilables, un autito, un trompo, y hasta un muñeco de Piñón. Todos estamos expectantes para ver qué hace. Ciro mira todos los juguetes, toma uno y lo arroja; agarra una caja, se la pone en la cabeza y festeja; elige otra caja, se la coloca en el pie, y nuevamente festeja. Luego se para, camina decidido hasta la mesada de la cocina, saca sus ollas y la cuchara de madera, y comienza a golpearlas. Hace un ruido tremendo, pero está muy contento con sus juguetes antiguos.



Tomi agarra como puede todos los regalos y se los lleva a su pieza. Desde allí, grita:

–¡Bueno Cirito, me parece que sos muy chico todavía para estos regalos, yo te los cuido hasta el año que viene!

TRIBUNAL EN FUGA

Es miércoles 14 de diciembre. En mi agenda está escrito en mayúscula imprenta y encerrado en un círculo: “ACTO DE MI HIJO”. Sin lugar a duda, todo eso significa: “NO OLVIDAR, SINO ME MATAN”.

Estoy tomando examen de Inglés. Yo no sé decir “yes” en ese idioma, pero como el sistema educativo es absurdo, estoy compartiendo la mesa de examen con la profesora de esa materia y con la de Matemática. Son las 18.30 y el acto está agendado para las 20. Estoy cerca de casa, queda un alumno por rendir así que todo está controlado. Pienso que el reloj me es sumamente favorable, hasta voy a tener tiempo de tomarme un cafecito en el bar antes de partir para casa a buscar a mi familia.

Me asomo al pasillo, veo muchos alumnos de entre 17 y 18 años sentados en el piso, y llamo:

–Alumno Martínez, pase que es el último –tengo la necesidad de confirmar que realmente sea el último y que no haya algún error en el acta de examen.

Una alumna me mira y dice:

–Está en el baño, profe.

Miro hacia el pasillo y veo que viene con un paso cansino. Tiene un vaquero roto y la corbata en el bolsillo. Percibo que chequea con su mano derecha si el cierre quedó bajo, y lo ajusta.

–Vamos Martínez –le digo y miro el acta– Juan Martínez, apúrese –en el “apúrese” pienso que con ese paso ya no llego a tomarme el café. Juan pasa por al lado de una chica, se agacha, le da un chape, y ella le desea suerte. Su amiga que está al lado le dice insinuante: “Juan, ¿no quieres que te dé suerte yo?”. La otra alumna le pega un cuaderazo, y le dice: “¡¡Callate gata!!” –y las dos se ríen.

Juan entra, se sienta y con voz fuerte dice:

–¡¡Good morning, teachers!!

La profe le muestra el reloj y lo corrige:

–Good afternoon, Juan.

–Uy, ¡qué mocazo! claro, claro, good morning por mañana, good afternoon por tarde, good night por noche. Sorry, sorry teacher.

–A ver Juan, yo pregunto y vos contestás: ¿What do you do? Silencio largo.

–¿Me repite?

–¿Whaaat dooo you doooo?

–Aaah, sí. Lo estudié a eso... Espere que estoy nervioso... Esteeee... A ver, ¿cómo era? ja, ja, ja ¡qué cabeza la mía!...

Este... ¿Me repite?

–¿What do you do?

–Sí, este... Yes it is. ¿Está bien así? –la teacher lo mira como petrificada, y dice:

–¿Who is your favorite singer?

–Esteee... ¿No, it isnt? ¡Ah, no! Yes, I like, o sea que sí, que me gusta cantar.

–¿Estudiaste Juan? ¿Abriste la carpeta Juan?

–No... Bah, sí, un poco... pero, algo sé.

–¿Qué sabes Juan?

–Sé los verbos, todos, ¡pregúnteme!

–Bueno Juan, decime los verbos regulares e irregulares: present, past, future.

–Bien, eso lo sé: speake... Spoke... Spoken... Eeeh, ¿qué otro hay? ¡Ah, sí! Look, looken, lookonn –la profesora no hace ningún gesto, el alumno continúa– eat, o sea comer, eaten, o sea comió, y uten. ¡Nooo, perdón! Eating con “ing”, o sea comerá, otro día ¿¿es así, no??

–No Juan. No sabes nada. Tenés un uno.

–¡Eeeh profe! ¿¿por qué??

Miro mi reloj y son las 19.10, así que decido intervenir:

–Juan, no sabes nada. Rendís en febrero y listo –el alumno no se mueve de la silla, hace silencio, y arremete:

–¿Y usted profe qué sabe si es de Teatro y la otra es de Matemática? No sé qué hacen en esta mesa. No, llamen a la directora porque esta mesa está mal.

Estoy a punto de explotar, me doy cuenta de que esto va para largo, y decido mandar un mensaje a Vale: “Negrita, andá saliendo. Después voy para el acto”. Veo que la teacher se levantó para buscar a la directora.

Llega la directora y escucha atentamente la justificación de Juan. Él dice que se puso muy nervioso, que por eso no se acuerda, y que además en la mesa de examen está el profe de Teatro y la de Matemáticas, y que eso no es justo. La directora, con toda la paciencia del mundo, le explica que las mesas de examen son así, pero que, para que se quede más tranquilo, la profesora titular le va a tomar un escrito.

–¡¡UN ESCRITO!!! –intervengo–. Disculpe, directora ¿yo me puedo retirar?

–No profesor, usted debe estar presente hasta que se firmen las actas.

¡Lo quiero matar al alumno! La profe le hace rápidamente una prueba con tres preguntas y se la entrega. Juan mira el examen, apoya su cabeza en la mano derecha, muerde la lapicera, se estira, bosteza. Pasan 15 minutos y ni por asomo intenta escribir. Pasan otros 15 minutos, Juan se levanta y entrega la hoja en blanco, y dice:

–No sé nada profe, nada de nada.

Lo miro y le pregunto:

–Disculpe alumno, ¿y entonces por qué nos hizo perder tanto tiempo?

–Lo que pasa es que afuera de la escuela está mi mamá y si salía rápido se iba a dar cuenta de que no sabía nada, en cambio si me demoro un poco, le puedo decir que la prueba fue muuuy difícil y zafo algo. ¡Chau, felices vacaciones! ¡Nos vemos en febrero!

Firmo el acta en dos segundos y salgo corriendo para el acto de Tomi.

Estoy llegando 30 minutos tarde. Tengo suerte, no hay tránsito. Sí o sí debo parar a cargar nafta porque el medidor marca que estoy en reserva. Paro, cargo y sigo. Llego al colegio, estaciono y bajo corriendo. Respiro. Veo un montón de niños disfrazados de ovejas, pastores, ángeles, reyes magos, y a lo lejos, sentado en el mástil veo a mi hijo con su impecable... ¿uniforme escolar? Sigo observando alrededor y veo a todos, absolutamente a todos, caracterizados con algo relacionado al “espíritu navideño”. Tomi se acerca y me dice: –Me vas a querer matar pá, me olvidé de decirte que yo tenía que venir de pastorcito. Creo... no sé... o de angelito. Sí, era de pastorcito, porque en el ensayo yo decía: “Vengan ovejas, vengan”, algo así. ¿Los angelitos no van a llamar a las ovejas? ¡¡Ni me acuerdo lo que tengo que decir pá!!

–¿¿La mami dónde está hijo??

–Se fue a buscar a la maestra. Me retó primero, así que vos no me retes, ya me retó ella. Además, va a ser un mo- cazo mi pastorcito así vestido, ¡ni un palito tengo!

Veo que Vale viene junto a la maestra. La seño se ade- lanta y dice:

–No te hagas problema Tomi, ya te pongo un disfraz, pero ¿cómo te vas a olvidar? si estábamos ensayando.

–No, yo no me olvidé seño, fue mi papá que no miró el cuaderno con la notita que usted nos dio.

Intento decir que eso no es verdad, pero la seño ya ha sa- lido corriendo a disfrazar a Tomás. Compro una gaseosa y nos sentamos con la Negrita a disfrutar de la representa- ción navideña.

¿DÓNDE VACACIONAMOS?

Una noche con pizza, Coca en botella de vidrio, y con una sensación térmica de 39°, comenzamos a planificar las vacaciones. Negrita, Tomi y yo analizamos los posibles lugares para tomarnos nuestro ansiado y merecido descanso. Desde su cochecito, Ciro nos mira con cara de a-mí-me-da-lo-mis-mo mientras llevemos “su teta”.

“¡Vamos a Brasil!”, “Mejor vamos de nuevo a Uruguay”, “Acá nomás a las sierras, pero ya fuimos”, “Al sur no porque está lleno de cenizas”, “Vamos a la costa”. Deliramos que nos encantaría ir al Caribe, y cuando estamos en el mejor momento de ensueño, Tomi se va a su habitación, trae su cajita de ahorros y dice:

–Pá, yo tengo 373 pesos y 50 dólares que me trajeron los Reyes ¿alcanza para ir con mi amiga Martina a Mar del Plata? Y nos liquida con su segunda pregunta:

–¿Ustedes cuánto tienen?

–Negrita, ¿cuánto tenemos nosotros?

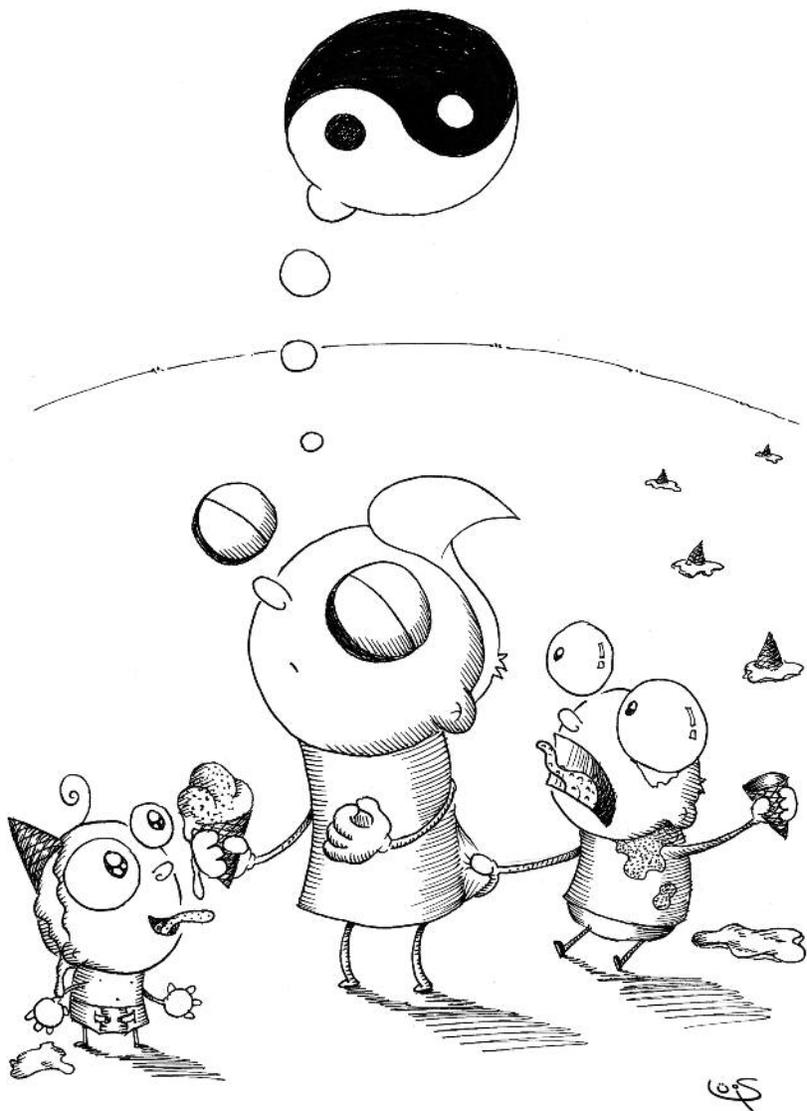
–Nada, yo pensé que vos tenías.

–No amor, yo no tengo, si te doy toda la plata a vos.

–Sí, pero la plata que me das es para vivir, no nos alcanza para irnos de vacaciones.

Disfruto mi vaso de Coca con hielo y pongo más fuerte el ventilador. Me resigno. Tomi agarra su plata, la pone dentro de su cajita y dice:

–Bueno, está bien... ¡¡Vamos con mi plata!! Eso sí, ¡¡al lugar lo elijo yo!!



LA PROPUESTA

Una tarde decido invitarlo a Tomi para ir a Carlos Paz. Por suerte, acepta rápidamente mi propuesta, pero pone una condición: él va si llevamos a su amiga Martina.

Tomo el teléfono, hablo con Sergio Salicas e inmediatamente acepta que lleve a su hija. Cargo los bolsos, repesera, mate, sánguches, paso a buscar a Martina, y en 40 minutos estamos al borde del maravilloso río San Antonio, en el balneario El Fantasio.

A lo largo de la tarde los niños juegan, se bañan, se ríen, son muy felices. En un momento de calma y respiro se sientan en una piedra, mirando el río y dándome la espalda a mí. Allí, comienza este diálogo imperdible:

–Martu, ¿te querés casar conmigo?

–No Tomi.

– ¿¿Y mañana??

–Tampoco.

–¿Y cuándo seas grande?

–Lo pienso más tarde.

–Bueno... entonces... ¿Vamos al río Martu?

–¡¡Eso sí, vamos!!



LA CUEVA DEL OSO, CON SU PERRO RABIOSO

Dentro de nuestro departamento hay: un baño y dos habitaciones. En una de ellas a veces duermen Tomi y Ciro, y en la otra intentamos descansar Vale y yo.

Dentro de nuestro pequeño departamento hay: una cocina, un lavarropas, un cesto de ropa que espera ser lavada, platos, una biblioteca con libros amontonados, y un potus que mira por la ventana.

Dentro de nuestro minúsculo departamento hay: una mesa con cuatro sillas, un televisor que a veces funciona, dos macetas, un tendedero, una pila de ropa para doblar, un traje del Hombre Araña colgado, juguetes tirados y una carpa... ¿UNA CARPA? Sí, una carpa, esas de camping, para dos personas, bonita, amarilla, un iglú que en algún momento perteneció a la libertad de sus padres, expresión de juventud, aire fresco, río y amor de parejas sin hijos. ¿Cómo llegó la carpa a estar dentro de nuestro departamento?

–Papi, ¿qué es eso que está ahí arriba?

–¿Eso? Una carpa para salir de camping.

–¡La armemos, pá!

–No hijo, no entra en el departamento, es para el aire libre.

–La armemos, pá, ya corro la mesa y las sillas –comienza a mover las cosas para hacer lugar.

–No Tomi, dejá eso ahí.

–¡La armemos, pá! Dejá de quejarte y bajala, va a estar mortal. ¡Dormimos esta noche ahí: yo y Cirito!

–Tomi, pero va a ser un lío.

–¡La armemos, pá! –ya se subió a una silla y la sacó de encima de la alacena.

A los 20 minutos la carpa amarilla está armada dentro del escaso espacio del comedor, generando una revolución lúdica. La madre me mira como diciendo: “Sos un desubicado”. Ciro pega grititos de felicidad, se mete adentro y salta. Tomi arrastra su colchón, tirando todos sus juguetes al piso, y lo mete dentro de la carpa. Luego, trae sus sábanas, colcha, almohada y linterna. Ciro lleva sus ollas y su mamadera. Se instalan, cierran la carpa y desde adentro el Tomi advierte:

–Esta noche nosotros dormimos acá ¡eh!, y este es nuestro lugar, mío y de Ciro. ¡Ojo con meterse! Es propiedad privada. Ustedes tienen que estar contentos porque ahora tenemos una pieza más en el departamento, siempre se quejan que es chiquito, que no entramos, ahora hay una pieza más, ¡ampliamos! ¡yupiiii! Ah, otra cosa, nadie entra, nunca entra, hay perro rabioso acá, dale Cirito hacé “guau” –Ciro responde con un “guaguagua”–. ¿Escucharon gente? es chiquito y pedorro el perrito, ¡pero tiene unos dientitos que muerden! así que nadie se acerca, dale Cirito hacé “guau” –Ciro nuevamente hace “guaguagua”–. ¡Escuchen todos! La carpa se va a llamar así: “La cueva del oso, con su perro rabioso”.

Esa noche durmieron los hermanitos ahí, la otra también, la otra... y la otra. Ya van cuatro días consecutivos de camping dentro de casa. Comen, duermen, juegan, entran sus amigos y se desarrollan las situaciones más hermosas y disparatadas.

ESPIANDO LA FELICIDAD

Para mitigar el gran calor de Córdoba decidimos emprender un pequeño viaje y partir a la casa de Ceci, mi cuñada. Tomás está súper contento de ir a encontrarse con sus primos, y poder jugar en la pileta, la cama elástica, la Play. Para él es llegar a la diversión asegurada, como estar en Disney World en solo 35 minutos.

Cargamos mallas, protector solar, gorras, antiparras, pañales, repelente para mosquitos, toallitas húmedas, chupete, mamadera, cochecito, garrapiñadas, gaseosas, Ciro, Tomi, Negra y yo al volante del súper móvil. Luego de chequear la cantidad real de combustible –lo controlo metiendo un palo de escoba en el tanque–, ver que no le falte agua, y aguardar que Tomi se persigne –por las dudas falle el arranque–, finalmente, ¡arrancamos!

Después de una parada obligada a mitad de camino para que el Mini Cooper antiguo se enfriara un poquito, llegamos a destino. Bajamos la pequeña mudanza y los

niños entran corriendo para abrazarse con sus primos y en menos de cinco minutos están en la gran pileta jugando y gritando.

Yo necesito reponerme y me quedo dentro de la cocina tomando mate y espiando por una ventana.

Espío. Veo. Se divierten. No logro escucharlos porque el patio es grande así que solo percibo gestos. Hay cuerpos, bocas abiertas, ojos llenos de risa, pasto y agua que salpica. Pienso... eso es diversión.

Se tiran a la pileta. Ciro se mete debajo del agua con aplausos de su mamá. Los primos bailan y corren. Tomás los persigue. Se abrazan. Hacen la bomba mojando a todos. Salen y suben a la cama elástica. Son cinco primos de edades variadas, saltando. Tomi ayuda a Ciro a subir. Él está feliz, corre y se cae. Hacen una pelota humana y Cirito cierra la montonera con gritos silenciosos que no llegan a mis oídos, pero puedo sentirlos.

Pienso... eso es alegría.

Llega la calma, Ciro pide bajarse. Lo ayudan. Se para en el pasto y se manda un largo pis. Los otros festejan. Y se acuestan en la cama saltarina tomándose un respiro. Ciro llama a su hermano, Tomi baja, se toman de la mano y caminan hacia el último rincón del patio, donde está el quincho. Los veo a lo lejos, pequeñitos. Abren la heladera, sacan una gaseosa. Sonríó amplia-

mente porque descubro en sus movimientos cómo Tomás vigila que nosotros no los veamos, ya que sabe que no nos gusta que le dé gaseosa a Ciro. Le sirve un vaso y toman rápidamente. Se vuelven a agarrar de la mano y emprenden el regreso. Veo sus espaldas, su diferencia de altura, sus sombras largas que se reflejan producto del sol de la tarde. Pienso... eso es la felicidad.



TRAGAME TIERRA

TRANSCURRIR EL MES DE FEBRERO, EL RELOJ MARCA LAS 7.15.
ESTAMOS DE VACACIONES, SIN CLASES NI TRABAJO, Y CON TOMI
APROVECHAMOS PARA DORMIR HASTA TARDE.

SUENA EL CELULAR, ME DESPIERTO Y MIRÓ EL IDENTIFICADOR DE
LLAMADA: "COLEGIO HERMANAS SANTA MARGARITA". ATIENDO CON VOZ
DE DORMIDO:

-HOLA

-HOLA CRISTIAN, TE HABLA ANTONIA, LA PRECEPTORA DEL COLEGIO
SANTA MARGARITA.

-SÍ, DECIME ANTONIA.

-TE LLAMO PORQUE NO ME CONTESTASTE EL MAIL QUE TE MANDE ANOCHES
A LAS 12.

-ANOCHES ESTABA DURMIENDO Y AHORA TAMBIÉN ESTOY DURMIENDO,
ESTOY DE VACACIONES.

-NO CRISTIAN, LAS VACACIONES TERMINARON AHOR, TENÉS QUE
PRESENTARTE HOY. HAY UNA REUNIÓN OBLIGATORIA PORQUE CAMBIÓ LA
DIRECTORA Y SE PRESENTA HOY ANTE TODO LA PERSONAL DOCENTE.
NO PODÉS FALTAR. ADEMÁS, ¿NO SABÉS QUIÉN ES LA NUEVA
DIRECTORA?? -PERCIBO UNA VOZ ALARMANTE- LA MADRE SUPERIORA
MARÍA ROSA INSURRALDE -Y CONCLUYE- ¡Y ESTÁ MÁS INSOPORTABLE
QUE NUNCA! ¡ASÍ QUE VENÍ YA! LA REUNIÓN ES A LAS 7.55.

ME LEVANTO PUTEANDO POR LO BAJO, LO DESPIERTO A TOMI Y LO CAM-
BIO RÁPIDAMENTE. EN 10 MINUTOS ESTAMOS ENTRANDO AL COLEGIO, SIN
ANTES ADVERTIRLE A MI HIJO:

-TOMI, PORTATE BIEN, EL PAPI TIENE QUE TRABAJAR UN RATO Y
DESPUÉS NOS VAMOS.

-SÍ, PÁ. QUEDATE TANQUILITO QUE YO JUEGO SOLITO POD AHÍ. COMPAME
UN JUGUITO Y LITO.

APENAS ENTRO AL ENORME COLEGIO ME RECIBE LA MADRE SUPERIORA,
ME MIRA, EN DOS SEGUNDOS ENTIENDO POR SU CARA QUE LE HA
MOLESTADO CONSIDERABLEMENTE QUE VAYA CON MI HIJO, Y ME DICE
IRÓNICAMENTE:

-¿DA CLASES USTED PROFESOR O EL NENE?

NO ME PUEDO CONTENER Y LE CONTESTO:

-CUANDO LAS CLASES ESTÁN BUENAS LAS DA EL NENE.

Y EL TOMI AGREGA:

-¿YO CLASE, PÁ? NOOO, SI ES HODIBLE ESTA ESCUELA.

A PARTIR DE ESE MOMENTO QUEDA ESTABLECIDO QUE NO NOS SIMPATI-
ZAMOS, Y QUE LA GUETRA HA COMENZADO. VAMOS HASTA EL SALÓN DE
ACTOS, UN LUGAR FRÍO Y SEMIOSCURTO, DONDE UNOS 80 PROFESORES
ESPERAN SENTADOS. EL TOMI SE ACOMODA A MI LADO. LA MADRE
SUPERIORA, VESTIDA CON EL CLÁSICO HÁBITO BLANCO, SE PRESENTA ANTE
UN ABSOLUTO Y TEMEROSO SILENCIO:

-GRACIAS POR HABER VENIDO SEÑORES PROFESORES, YO SOY LA
MADRE...

EL TOMI INTERRUPE PREGUNTANDO EN VOZ-ALTA:

-¿DE QUÉ ESTÁ DIFASADA LA SEÑODA? -TODOS SE TIENTAN, PERO
CONTIENEN LA RISA.

-CALLATE TOMI -LE DIGO.

LA MADRE CONTINÚA:

-BUENO, SOY LA MADRE ROSA Y A PARTIR DE ESTE AÑO SOY LA NUEVA
DIRECTORA DEL COLEGIO. PARA QUE ESTE AÑO NOS ACOMPAÑE DIOS,
VAMOS A COMENZAR ORANDO COMO EL SEÑOR NOS ENSEÑÓ. TODOS NOS,
PONEMOS DE PIE, TOMI SE SUBE ENCIMA DE LA SILLA, Y AL UNÍSONO SE
ESCUCHA: "PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS, SANTIFICADO SEA
TU NOMBRE", Y TOMI GRITA:

-¡AAAH! ¡¡PÁ, ES UNA OBA DE TEATO Y LA SEÑODA ES UN FANTASMA!!

QUIERO QUE LA TIETRA ME TRAGUE Y SALGO DEL SALÓN POR UN
COSTADITO. ESE AÑO PRESENTO MI RENUNCIA.

EXPLICACIÓN DE ~~JUEGA~~ GEOGRAFÍA

Los tres hombres de la casa estamos acostados en la cama grande. Ciro se le trepa a su hermano y le da palmaditas en la cara. Tomi intenta hablar conmigo, pero Ciro le tapa la boca, le tira el pelo. Tomás se cansa, lo alza y lo mete en su cuna.

–Papi, ¿hoy no voy a la escuela?

–No hijo, es feriado.

–Hoy no hay clases por las Malvinas, cierto.

Ciro se acomoda, se pone el chupete y empieza a dormir.

–Sí, hijo. Hoy no hay clases por eso.

–Mirá, pá –se para encima de la cama y comienza a saltar con el pijama del Increíble Hulk que le queda súper apretado–, te digo algo, pero escuchame bien: Chile está pegado a la Argentina –mueve las manos simulando que señala un mapa–, Uruguay está para arriba, Brasil está al suroeste, y Las Malvinas son argentinas. Es un lugar chiquito, es como una selva así chiquita, y después todo agua. Por eso se llaman islas porque hay agua. Son argentinas... ¿Estas son nuestras islas? ¿Quién ganó? ¿Son nuestras?

–Y sí hijo, son nuestras.

–Pero perdimos ¿no?, ¿importa eso?, ¿importa mucho eso?, para mí no importa tanto, ¿sabés por qué perdimos, papi?

–No Tomi, ¿¿por qué perdimos??

–Porque la ocuparon los españoles. De otro lugar vinieron en barco y se quedaron a vivir ahí, para siempre.

–¿Seguro hijo que fueron los españoles?

–¡Sí! Así decía el título en el pizarrón: “Malvinas robadas por españoles que vinieron en barcos pequeños”. La ciudad más deportista ¿sabés cuál es?: SAL...TA, y queda por acá; después está Entre Ríos que es otro país donde la gente vive rodeada de ríos. Ellos abren la puerta de su casa y se caen al agua. ¡Juguemos ahora a la cueva con las sábanas! Vos sos un *moustro* horrible y yo un pobre niño que se defiende del ataque. ¡Fuera *moustro* no ocuparás mi cueva!, ¡es mía! ¡fuera, fuera!

Comenzamos a jugar. Ciro escucha los ruidos, se despierta y se incorpora a la cueva. Tomi y yo comenzamos a atacarlo con cosquillas, besos y risas.

MI ALEGRÍA ES MÍA

Son las 23.25 y recién vuelvo a mi casa. Estoy un poco cansado y me duele la cabeza y la garganta porque estuve dando clases todo el día.

Intento abrir la puerta de entrada al departamento y está trabada. Me doy cuenta por los golpecitos que del otro lado está Ciro, la entreburo y me recibe con una amplia sonrisa y un “Papapapapappapa”. Me agacho, tomo su

mano para que no se caiga, termino de abrir la puerta y
Ciro me da un abrazo, y sigue con su “Papapapapapa”.

Entro al comedor y siento un rico olor a estofado, saludo
y me contesta Vale desde nuestra habitación, y Tomás,
desde la suya, me grita: “¡Viniste papi!”.

Les pregunto cómo ha sido su día, Ciro balbucea:
“Guuuuupapapamama”, la Negrita afirma que tuvo
un hermoso día, y Tomi se para encima de la cama, y muy
contento me dice:

–Preguntame cómo me fue en la prueba de Inglés. Vos
mami no le digas nada ¡eh!, nada de nada. ¡Dale papi!
¡adiviná qué me saqué en la prueba de Inglés!! –mientras
salta con una enorme felicidad, revolea su muñeco del
Hombre Araña, y me pregunta una y otra vez– ¿Qué me
saqué? ¡Dale, adiviná, dale! –apoyado en el marco de la
puerta, le digo:

–No sé, hijo. ¿Muy bueno?

–No, dale, adiviná.

–Esteee... uy, a ver, ¿muy bueno +?

–¡Noooo, decí otra cosa! –y sigue saltando.

–¿Excelente? ¡¡Te sacaste excelente!! –estoy totalmente sor-
prendido, a punto de abrazarlo y decirle que le regalo algo.

–¡Noooo, ni ahí excelente! Decí otra cosa, decí algo más
parecido a mí.

–No sé, te sacaste... ¿Bueno +?. Está linda esa nota... –me
interrumpe triunfante.

–“No sati”, me saqué, o sea, “no satisfactorio”. Nada
bien hice papi.

Estoy desconcertado, no entiendo nada, espero un momento porque creo que me va a decir que es un chiste, que en realidad se sacó un excelente. No logro entender toda su alegría, sus saltos, la prohibición a su madre para que no me lo contara... Cuando me doy cuenta de que no es una broma le pregunto:

—¿Cómo no sati, hijo?

—No sati, o sea un cero me saqué en Inglés. Es la nota más baja que te podés sacar, no hay más bajo que eso.

Un poco enojado y muy desorientado, reacciono:

—Pero, ¿por qué estás tan contento?

—¿Y por qué voy a estar triste? Es mi primer no sati.

Como ve que no le contesto y claramente tengo cara de enojado me pregunta:

—¿Me tengo que poner triste?

—No sé si triste, pero tampoco saltes arriba de la cama como festejando el no sati.

—No. No festejo eso, festejo otra cosa... festejo... este... otra cosa. Bueno pá, ¡me cagaste la sorpresa vos también! ¡sos mala onda, eh! Después lo recupero, ya está.

—Tampoco te hagas el enojado che, es que no logro entender tu alegría.

—Mi alegría es mía, así que yo sigo alegre aunque tenga un no sati. Listo. Chau. Hasta mañana. Está rica la comida de la mami, comé... con alegría. Besos, te quiero... le estoy diciendo esto al Cirito, a vos no.



OLORCITO A DOMINGO

Son las 11.25 de un domingo. Me despierto, me estiro, bostezo. Abro la ventana y observo que afuera el día es maravilloso. Dos adolescentes se besan apasionadamente sentados en el banco de la plaza, por encima de ellos, como si fuese una analogía perfecta, dos pájaros los imitan parados en la rama de un jazmín chino.

Respiro con la intención de que el aire fresco me llene y percibo un olor extraño que no distingo qué es. Vuelvo a inhalar profundamente y siento un tremendo... ¡olor a caca! ¡¡pero tremendo!! hasta el punto que se me activan los lagrimales. Y me sale un:

–Vale ¡por Dios! ¿por qué hay tanto olor?

Desde la cocina, me contesta:

–Ah, sí. Ciro, mi vida, al fin pudo hacer caquita esta mañana. Menos mal. Le cambié la leche, debe ser eso lo que le modificó el olorcito.

¿Olorcito? ¿cómo la madre le puede llamar con tanta ternura a esta bomba lacrimógena? Y continúa:

–Me olvidé de tirar el pañal, lo debo haber dejado debajo de la cama. ¿Podés tirarlo?

Lo agarro y no puedo evitar una arcada, lo arrojo rápidamente a la basura no sin antes ponerlo dentro de dos bolsas y hacerle un fuerte nudo.

Ciro me observa desde su cochecito con los ojos muy abiertos. Me acerco, le doy un beso en la cabeza y le digo:

–Cochinito –Ciro sacude sus piernitas.

POCAS MILANESAS Y MUCHOS TOMIS



La Negrita me sirve un mate. Ya casi es el mediodía del domingo y todavía estoy semidormido. Le devuelvo el mate, y pregunto:

–Amor, ¿el Tomi dónde está?

–Abajo jugando.

–¿Estás haciendo la comida?

–Sí, hice cuatro milanesas nada más, y un poco de ensalada. Miro las milanesas antes de que entren al horno y noto que son pequeñas. No puedo evitar hacer, rápidamente, un cálculo matemático: 4 milanesas = 1 para el Tomi + 1 para Vale + 2 para mí. No está mal.

–Ponele queso, Negrita –le digo, y me dirijo al baño.

Escucho que se abre la puerta y entra un griterío de niños. Parece como si fueran 20. Salgo del baño y veo que está mi hijo Tomás con sus tres amigos: dos de ellos también se llaman Tomás y tienen siete años, el otro de cinco añitos, petisito, se llama Daniel, tiene cara de tremendo. Mi hijo súper excitado está subido a una silla y hace monerías, los demás le festejan. Y grita:

–Pá, ¡¡todos se quedan a comer!!

Se me transforma el rostro, lo primero que pienso es en las cuatro pequeñas milanesas, intento ser diplomático:

–No pueden hijo, tienen que pedirle permiso a sus papás.

–Ya les pedimos –me contesta un Tomás.

–Sí, y nos dejaron –contesta el otro Tomás.

Daniel ya se sirvió de la frutera una banana y la come, percibe que lo miro y me dice:

–Yo le dije a mi mamá que me quedaba acá, entonces se fue con mi otro papá al parque, vuelven a buscarme por la tarde.

La Negrita me hace saber que la comida no alcanza –como si yo no lo supiera–, y en un intento desesperado por poner orden exclamo, casi gritando:

–¡¡No!! No, no y no Tomi. ¡¡Así no es la cosa!!

En ese momento los tres Tomis me miran. Mi hijo se baja de la silla con cara de enojo; el otro Tomi se estaba sirviendo agua y, por el susto, deja la botella; y el tercer Tomi, que se dirigía a la pieza de mi hijo, queda petrificado. Daniel no se da por aludido y ya se dispone a comer una mandarina. Entiendo que el grito fue excesivo e intento reparar la situación:

–A “mi hijo” le estoy hablando. Nos tenés que avisar Tomás. Hay cuatro milanesas nada más.

–Yo ya le avisé a mi mamá –me contesta el otro Tomás.

–No estoy hablando con vos Tomi. Estoy hablando con “mi” Tomi. A ver –intentando poner orden– a mi hijo lo llamo Tomi, y a ustedes Tomi 1 y Tomi 2 –y los señalo.

–¿Yo puedo ser Tomi 10 como Messi? –pregunta Tomi 2.

–Señor, a mí me puede decir “moquero” –contesta el otro.

Los cuatro se matan de risa como entendiendo un código que desconozco. Daniel abrió la puerta de la heladera y después de revisar, pregunta:

–¿Hay Coca?

–No, no hay Coca Daniel.

–Andá a comprar al quiosco –me aconseja.

Todos empiezan a gritar: “¡Queremos Coca, queremos Coca, queremos Coca!”. Estoy a punto de estallar y la santa de la Negrita me rescata:

–A ver chicos, vayan a la pieza del Tomi, ahí les armé una mesita. Les llevo unos panchos, y Coca no hay, así que toman agua ¿entendieron?

Todos obedecen, solo Daniel se queda terminando su mandarina y pregunta:

–¿Yo puedo comer milanesas con ustedes? ¿Alcanza?

Vale lo sienta en una silla y le da una palmadita en la cabeza. Traigo las milanesas. Comemos. Mi hijo viene y busca sus panchos. En la pieza se escuchan las risas de sus amigos. Antes de irse Tomás me dice:

–Mis amigos dicen que vos sos el mejor papá del complejo –y de fondo los secuaces contestan:

–¡¡Sí!! ¡Y traé los panchos que estamos cagados de hambre! Respiro. Como. Vuelvo a respirar. Termino. Pienso: “¡Menos mal que mañana es lunes!”.



LA VUELTA AL MUNDO EN UNA HORA Y MEDIA

Ciro ya tiene un año y varios meses. Camina de un lado a otro por todo el departamento, se sube a una silla para agarrar el picaporte y abre la puerta, levanta un balde con bloques de plástico, y sale al pasillo. Antes nos besa a todos y nos saluda con su manito como si se fuera de viaje. Llega hasta la otra punta del pasillo, golpea la puerta de la vecina, y se saludan afectuosamente. De allí vuelve muy sonriente, con una banana o una mandarina en la mano. Cierra la puerta, se sienta encima de una radio muy vieja que fue de su bisabuelo, y come su fruta. Él ya muestra rasgos de su fuerte personalidad: le gusta caminar muuucho, saltar, dar besos y reír sin parar, pero lo que más ama Ciro es dar la vuelta al mundo.

Cuando quiere viajar lo hace saber: golpea la puerta, saluda con su manito, y comienza a decir: “Ma, ma, ma”. Eso significa: “Quiero salir a dar una vuelta a la manzana”, y allá vamos a embarcarnos en semejante aventura. La vuelta al mundo no es solo caminar cuatro cuadras, es para él una exploración infinita que pude registrar en mi bitácora de viaje.

Apenas salimos, a escasos cinco metros de nuestro hogar, encuentra su primera fascinación: tres escalones que sirven de entrada a la casa vecina. Cuando la ve hace

su gritito de explorador y se sienta retrocediendo hacia atrás. Una vez sentado, me agarra la mano para que lo acompañe, se ríe, se levanta, hace tres metros y vuelve a repetir la acción. Entre 10 y 15 minutos le dedica a la intrépida aventura del escalón.

Luego, sigue caminando hasta encontrar el perro que está en el jardín de una casa, justo antes de llegar a la esquina. Pero él se anticipa y comienza a decir: “Guagua, guagua, guagua, uuuuuuh”, y se lleva la mano a la cabeza. Le da un poco de temor, pero al mismo tiempo quiere verlo. Con pasos cortitos y detrás de mí, se va acercando, mientras repite: “¡Guagua, guagua, uuuuh!”. Cuando lo ve, grita y le tira la manito. El perro, que es bien chiquito, le pasa la lengua por la mano y a Ciro le encanta, gira alrededor de mí y vuelve a poner su mano. Duración estimada: 10 minutos.

Antes de terminar la cuadra, se encuentra con un charco que intenta saltar desde el cordón y siempre cae en medio del agua. Salta entre 10 y 15 veces, y queda con las zapatillas mojadas. Así llegamos a la primera esquina. Una cuadra, un continente.

Viajar cansa, así que la parada obligada para tomar algo fresco es la heladería. Nos sentamos en las sillitas de afuera y el explorador se enchastra con un palito de helado de frutilla. Retomamos viaje con toda la cara colorada. Y ya han pasado aproximadamente 30 minutos.

En la segunda cuadra se encuentra con su séptima maravilla del mundo: un local donde festejan cumpleaños de niños.

Hay música fuerte y una bola de espejos que refleja luces de colores. Se fascina, aplaude, grita, y dice: “Ma, ma, ma” –para todo dice “mamá”–. Lo que más me llama la atención es que cuando le abren la reja para que entre, Ciro sale corriendo. Le cierran la reja y se vuelve a parar, a bailar y a aplaudir. La chica que atiende lo llama por su nombre y lo invita a entrar, pero él apenas la ve sale corriendo. Esta acción puede durar otros siete minutos más. La tercera cuadro se resuelve a caballo. Se sube a una pirca y se cuelga en mi espalda. El caballo galopa entre árboles y arbustos, al jinete le gusta que corcovee, se pare de golpe y lance un relincho fuerte. El jinete festeja con gritos de júbilo. En la cuarta cuadro el caballo se cansa, se para en un bar y pide un café con leche con medialunas, y un jugo de naranja para Ciro. Él camina entre las mesas haciendo un montón de onomatopeyas, yo estoy convencido de que en ese momento está contando su enorme viaje, los visitantes ocasionales no entienden su idioma y le dan palmaditas en su cabeza o desoyen su relato.

Los últimos metros, generalmente, se caminan en silencio, reflexionando tal vez de la gran travesía realizada. Volvemos a casa. Ciro entra y dice: “Mama, mama, ma”, y corre con su madre. Ella lo besa, lo abraza y se hacen naricita. Tanto amor es entendible, no todos los días se da la vuelta al mundo en una hora y media.



LO IMPORTANTE SON LOS AMIGOS

Estoy viendo el partido de fútbol entre Belgrano y Rosario Central que está a punto de terminar. Tomi y Ciro juegan con un trompo luminoso.

Finalmente, Belgrano pierde 2 a 1 y me acerco a Tomi para comunicarle el resultado:

–Belgrano perdió, ¡qué cagada!

Como no me contesta nada, insisto:

–Hijo, perdimos contra Rosario Central en la Copa Argentina –y espero su reacción.

Tomi deja el trompo luminoso, le da una olla y una cuchara a su hermano para que golpee como si fuera una batería, y me contesta:

–¿Por qué decís que perdimos?

–Y, porque somos de Belgrano, los dos. Somos celestes, piratas, hijo –para que no queden dudas remarco–, vos sos de Belgrano y yo también.

–Sí pá, claro, no me acordaba. Cierto, soy de Belgrano.

–Bueno hijo, si sos de otro equipo está todo bien, ¿de quién sos hincha?

–Y, yo papi, depende...

–¿Cómo depende?, ¿¿sos hincha del que gana??

Estoy a punto de comenzar a explicarle que no importa si perdemos, que igual uno debe seguir siendo hincha del mismo equipo, cuando me corta en seco:

–Nooooo, nada que ver. No me importa quién gana o pierde. Yo soy hincha de un montón de equipos, soy hincha de casi todos. Depende, mirá, si viene un chico que no conozco y me pregunta: “¿De qué cuadro sos vos?”, yo le digo: “¿Y vos de qué sos?”. Si él me dice que es de Boca, yo le contesto que también soy de Boca, y ahí nomás me hago un nuevo amigo y nos ponemos a jugar; si me dice que es de Talleres, de Instituto o de River yo le digo que soy de ese equipo también. A mí no me importa, lo que me gusta es tener amigos.

Me dejó helado, salgo de mi quietud solo para mover a Ciro que está comiendo la tierra de la maceta, y Tomi prosigue: –Esto, a veces me trae problemas, pá. Cuando estoy abajo jugando con mis amigos y llega uno nuevo, utilizo este plan y le digo: “Yo también soy de San Lorenzo”, como me pasó el otro día, dije eso, y los otros chicos empezaron: “No, Tomi vos sos de Boca”, “No, callate, él es de Belgrano”, y sale otro y dice: “No, Tomi es perro de Talleres”. Entonces yo los tranquilizo y les digo: “Chicos están confundidos, están hablando de otros Tomi, mejor juguemos que se hace de noche y nos llaman”. ¡Y listo! ¿entendés vos, “solo hincha de Belgrano”?

–Claro que entiendo hijo, sos un grande. Está súper ser de muchos equipos, entonces. Está genial.

Ciro ha vuelto a la maceta y se come las hojas del ficus, Tomi prende nuevamente el trompo luminoso y atrae su atención. Yo los miro... y no sé por qué se me llenan los ojos de lágrimas.

DURMIENDO SEGURO

Tomí se va a dormir, coloca su Hombre Araña al lado, como todas las noches, y me pide que los tape, pero cometo el grave error de cubrir completamente a su héroe.

Entonces, se levanta rápidamente y me advierte:

–¿Qué hacés pá? A mí me tapás todo, al Hombre Araña dejale los brazos afuera, porque si viene un choro él le puede tirar “chuiiiii, chuiiii” telarañas y me protege.

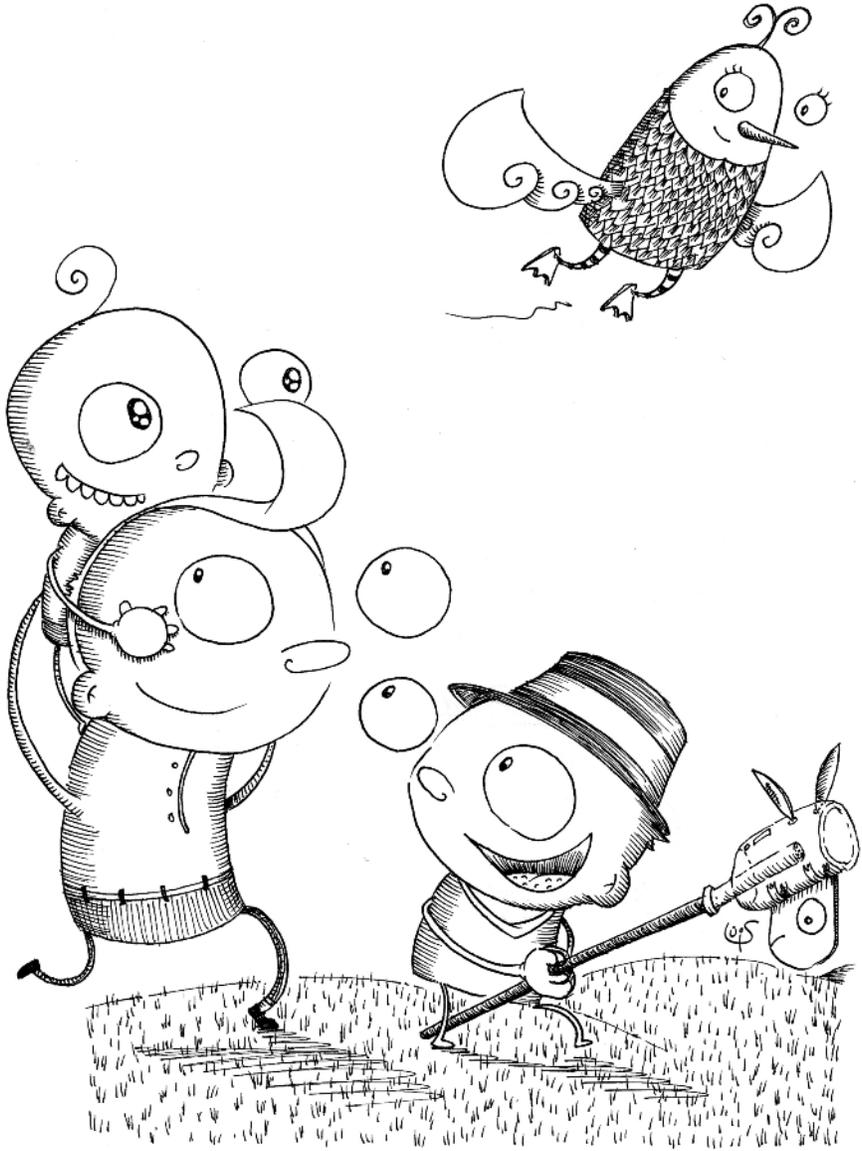
–Ah, bueno, perdón hijo. Pero, el papi también te puede proteger ¿sabés?

–¿Vos pá? ¡Cállate, qué vas a hacer! si no tenés ni un solo poder, aparte sos flaquitazo. Yo que vos, también dormiría con el Hombre Araña, cuando quieras te lo presto.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Tomí está feliz porque va a cumplir ocho años y ha decidido que quiere “algo simple” para festejarlo: ir con ocho amigos al cine a ver “Los vengadores”, y después venir a su casa para comer panchos y cosas ricas. ¡Ah!, y que no falte la torta de chocolate.

Con el deseo claro y preciso del cumpleañosero, comienzan los preparativos y la organización del evento. Acordamos con Vale que ella se encarga de averiguar en el cine e invita a los amigos, y yo los llevo.



La lista de los invitados para el evento está conformada por: Tomi Hernández, Lautaro, Raulito, Martín, Lucas, Pedro, Camilo y Lorenzo. La película comienza a las 16.25 y noto que al acercarse el horario me he puesto nervioso. De casualidad, llama mi amigo Agustín Malvarez y le pido que me acompañe a semejante hazaña. Me sorprende su respuesta inmediata y afirmativa.

A las 15.35 estoy en la puerta del cine con mi hijo y unos de los invitados, el otro Tomi. Compró las entradas, ellos comienzan a correr de forma desaforada por toda la galería. Les llamo la atención, una, dos, tres veces. De pronto, diviso a lo lejos a mi amigo Agustín que llegó para darme una mano. Lo saludo, me pregunta cómo va la cosa y estoy a punto de decirle que está todo bajo control, cuando veo al único invitado sentado en el piso llorando y a mi hijo al lado con cara de no-sé-qué-pasa. Muy preocupado, le pregunto: –¿Qué te pasa Tomi? Levantate.

No me contesta. Entonces, intento levantarlo y me grita: –¡¡No quiero!!!... y no puedo. Se me rompió todo el pantalón. ¡¡Me voy a mi casa!!

En ese momento, el otro Tomás, o sea mi hijo, larga una carcajada y empieza a gritar:

–¡Se te ve el *canzoncillo*, se te ve el *canzoncillo*! y su amigo le contesta a punto de explotar:

–No te burles, además, ¡se dice calzoncillo, Tomás Cavo!
Intento desdramatizar la situación y quiero convencer a Tomi Hernández que no se ve tanto. Se para y me mues-

tra que tiene abierto todo el pantalón por delante y por detrás. ¡Se le descosió completamente! Justo tengo un pañuelo como bufanda y logro usarlo tapando el hueco. Al principio, se niega a ponérselo, pero le digo que es una moda hippie y acepta gustoso.

Me doy vuelta y está el padre de Martín que llegó sin que me diera cuenta y, seguramente, estuvo viendo todo lo sucedido. Con cara de preocupación, me dice:

–Hola, ¿estás solo para todos los chicos? Porque veo que puede ser peligroso.

–No, quédese tranquilo, estoy con mi amigo... –miro para todos lados y no lo veo– que llega en cualquier momento –completo la frase.

–Bueno, está bien. Entonces, lo paso a buscar en un par de horas por tu casa.

–Sí, gracias, vaya tranquilo nomás.

Apenas se va el papá de Martín, los tres chicos corren por todos lados. Agustín aparece y los reta, pero nadie le hace caso. Al rato, llegan Lautaro, Raulito, Lucas y Pedro. Los cuento y son siete, me faltan dos y ya podremos entrar al cine. Supongo que ahí van a estar todos más tranquilos.

De repente vuelvo a contar y hay seis. Trato de no desesperarme y cuento nuevamente: son seis. ¡ME FALTA UNO, ME FALTA UNO! Entro en pánico, y le pregunto a mi hijo:

–¿¿Tomás dónde está Martín??

Me señala una columna, me asomo y lo veo llorando en silencio, le caen lágrimas como si fuera una canilla abierta.

Le pido a mi amigo que controle a los otros y le pregunto:

–¿Qué te pasa Martín?

–Me golpeé, señor –me muestra la frente y veo que se le empieza a formar un chichonazo.

–¿Cómo te golpeaste Martín? ¿Te pegó alguien?

–Nadie me golpeó, señor. Venía corriendo y me choqué contra la columna.

–Bueno, ya está, vamos a entrar al cine que está por empezar la peli.

–Perdón, señor.

–No me pidas perdón, no pasa nada, está bien llorar –le digo para que se tranquilice, y llorando me contesta:

–No señor, le estoy pidiendo perdón por ser tan boludo de no ver la columna.

Lo abrazo, se le pasa, y subimos la escalera para entrar todos al cine.

Estamos a punto de entrar a la sala, cuento uno por uno y mientras pasan les indico el lugar donde deben sentarse:

–Martín, pasá para allá, esa es la fila. ¿Querés ir al baño?

–No señor. Yo me quiero sentar al lado del Tomi Cavo, ¿puedo señor?

–No, pasá para allá. Tomi Hernández vení, ¿tenés ganas de ir al baño?

–¿¿Al baño?? ¿¿Para qué?? Che, ¿no vas a comprar nada para comer o tomar? Al cine se entra con papitas o algo.

–Pasá y sentate Tomi. Lautaro, Raulito vengan y siéntense ahí –Lautaro pasa, pero Raulito se detiene y me pregunta:

–Papá de Tomi, ¿y a mí no me va a preguntar si necesito ir al baño?

–¿Quieres ir al baño Raulito?

–No, gracias –me contesta y se sienta.

Lo llamo a Lucas y a Pedro. Cuando estamos ingresando, llega corriendo el padre de Lorenzo y Camilo, se abrazan con mi hijo y entramos a la sala.

Nos sentamos, se apaga la luz y aparece mi amigo Agustín con la “brillante ocurrencia” de haber comprado un solo balde de pururú y cuatro gaseosas, y me dice:

–Che loco, ¿sabés que la película dura dos horas y media?

–¡¡¿¿Qué??!!

Cuando los chicos lo ven, comienzan a levantarse y piden a los gritos que les den pururú y gaseosa. La gente de atrás empieza a pedir silencio. Para detener el revuelo, me levanto, paso y les arrojo pururú en la falda, uno por uno. Cuando termino y me siento, el último reclama más pururú. Repito la acción dos veces, y más. Les digo que se acabaron, tiro los pururú dentro de una bolsa y la meto debajo del asiento. Los chicos se quejan y comienzan a pelearse por las gaseosas, me levanto, se las saco y les digo: –¡¡Basta!! ¡Miren la película carajo!

Las personas del asiento de atrás comienzan a levantarse, con quejas se retiran y se adelantan unas filas.

Cuando logro que hagan silencio, empiezo a ver la película. Ya pasaron 20 minutos desde que entramos y no tengo ni la menor idea de qué se trata. De reojo, logro divisar un movimiento, veo que Raulito se acerca y me dice:

–Me estoy meando, quiero ir al baño.
–¿En serio Raulito? ¿Por qué no fuiste antes, cuando te pregunté? –le digo enojado.
–Porque antes no tenía ganas, y ahora sí.
Antes de llevarlo, le pregunto a cada uno si quieren ir al baño, todos me contestan que no. Voy al baño, vuelvo con Raulito y, cuando me siento, lo veo a Tomi Hernández arrodillado en la butaca mirando para atrás, y le digo:
–¿Qué hacés Tomi? La película está para el otro lado, sentate bien ¡por favor!
–Ya sé que está para el otro lado –me contesta haciéndome burla–, lo que pasa que a mí me gusta ver la luz de la maquinita. Si usted se fija, se ve en el vidrio la película bien chiquitita y además... Lo interrumpo para que no siga hablando, y percibo que la gente de la fila de adelante se levanta también, dirigiéndome terribles miradas. Atino a hacer un gesto, encogiéndome de hombros como diciendo: “¡¡Qué quieren que haga, son chicos!!”.
A partir de ese momento, comienzan a pedirme que los acompañe al baño, de a uno a la vez. Vuelvo a preguntarles, cada vez que me levanto, si alguien más quiere ir y me contestan que no, pero apenas vuelvo con uno, inmediatamente otro me pide, y así sucesivamente hasta el último.

La película termina y salimos. Antes, les pido a todos que se tomen de la mano, los cuento: son nueve niños en total. Mi amigo Agustín, que había ido a ayudarme, dice que se le hizo tarde y decide irse. Me quedo solo

con todos. Les digo que debemos cruzar una avenida grande, que se porten bien, y ellos gritan y cuentan la película. Los subo en la camioneta que me prestaron para la travesía, y comienzan a cantar gritando: “¡¡Vamos de paseo, pipipi, en un auto feo, pipipi!!”. Los hago callar y empiezan a charlar:

–Che, Tomi ¿vovos tenés los Gogos?? –le pregunta Raulito a mi hijo.

–¡Un montón! tengo los full Gogos, todos tengo –le contesta, mientras los enumera con la mano.

–Yo también tengo –salta Camilo.

–¡Yo no tengo! ¡ni uno tengo! –dice Raulito, y todos quedan en silencio.

–Cuando vayas a mi casa, yo te regalo –le dice Lautaro.

–No puedo, mi mamá no me deja. Yo le digo que no voy a jugar con ellos, que los voy a mirar ahí paraditos en la mesa de luz –responde Raulito, y otra vez deja mudos a todos.

–¡¡Eh!! ¿Por qué no te deja tu mamá? –interviene Lorenzo.

–¡¡Qué mala onda tu vieja, eh!! Pedile a tu abuela que debe ser más buena onda –aconseja Camilo.

–No me deja porque dice que son diabólicos. En mi religión dicen eso –les contesta Raulito–, y todos saltan con un comentario distinto:

–¿¿Diabólicos??, ¿¿del diablo? ja, ja, ja, ¿los Gogos? ¿en serio? ¡Está loca tu mamá!

Y Lorenzo remata:

–¡Decile a tu mamá que son de plástico! –y se ríen.

Percibo que Raulito, se está poniendo mal, cuando estoy por intervenir, Lautaro también se da cuenta y dice:

–Bueno, ya está, listo. No nos reímos más. Cada uno cree en lo que quiere, no hablemos de religión, hablemos de fútbol.

Comienzan a hablar hasta que llegamos a casa. Tal como había pedido Tomi, en la mesa hay un montón de cosas ricas, y todos empiezan a comer, menos Raulito que se acerca y me dice:

–Señor, yo no puedo tomar Coca. Mi mamá no me deja porque dice que es mala para nosotros, y tampoco puedo comer panchos, pero no le diga nada a los otros chicos.

–Todo bien Raulito, pero solo compramos Coca, sino podés tomar agua.

–Y si tomo un poquito de Coca nomás, ¿usted le va a contar a mi mamá?

–Nooo, no voy a decir nada.

A partir de ese momento, Raulito se llenó el vaso dos o tres veces y se hacía unos fondo blanco tremendos.

De a poco fueron yéndose los niños. Llegó el padre de Raulito a buscarlo y yo le digo:

–Se portó re bien su hijo, gracias por venir. Ah, y solo tomó agua, y no quiso comer nada –Raulito me mira y le dice a su papá:

–Sí, papi. Me ofreció Coca como tres veces, pero yo le dije que no podía tomar –me quedo en silencio ante su comentario y el papá de Raulito me dice:

–Sí, es que nosotros no tomamos Coca –sin mayores explicaciones, me saludan y se van.

Cuando solo falta que vengan a buscar a Camilo y a Lorenzo, suena el portero, atiendo y me dicen:

–Hola, ¿qué tal? Vengo a buscar a Gerónimo.

Pienso en voz alta, tapando el teléfono:

–¿Gerónimo? ¿¿Qué Gerónimo?? –se me hiela la sangre y sigo pensando– Gerónimo, no había ningún Gerónimo.

En tres segundos repaso la llegada al cine, la entrada, la salida, la llegada a casa, todas las veces que los conté ¡¡y no había ningún Gerónimo!!

–Sí, ya bajo –corto el portero y le pregunto a Tomi:

–Hijo, ¿había un Gerónimo?

–¿¿Dónde??

–En el cine Tomás, ¡¿dónde va a ser?!

–¡¡¡Qué sé yo, papi, si estaba lleno el cine!!!

Decido bajar a abrirle. Una mujer me mira y ve que aparezco sin ningún niño.

–Hola, ¿qué tal? ¿A quién busca?

–A Gerónimo.

–No hay ningún Gerónimo en este cumple, señora.

–¿Cómo? ¿Este no es el 3° B?

–Sí.

–¿Es el cumpleaños de Alexis? –recobro mis signos vitales al escuchar eso.

–No señora, este es el cumple de Tomás, ¿qué 3° B busca? ¿de qué torre?

–Pero, ¿esta no es la torre marrón?

–No señora, esta es la torre amarilla –le contesto amablemente, pero por dentro tengo ganas de preguntarle si por

casualidad no es daltónica. Casi me da un infarto por culpa de su problema de visión.

Los últimos invitados se van, y le pregunto a Tomi:

–Hijo, ¿disfrutaste tu cumple?

–¡MORTAL! ¡La pasé mortal! –y me pregunta– ¿Y vos, papi, disfrutaste?

–Yo... me cansé mucho.

–Y sí, papi. Está bien, no era tu cumpleaños, era el mío.

Me siento y me hago un té.



LA REVELACIÓN

DUERMO LA SIESTA DISFRUTANDO DEL NUEVO AIRE ACONDICIONADO EN MI DEPARTAMENTO DE BARRIO SAN VICENTE. AFUERA EL TERMÓMETRO MARCA 39°, TEMPERATURA IMPOSIBLE PARA SALIR. ESTOY DESCANSANDO PLÁCIDAMENTE CUANDO SIENTO QUE ALGUIEN ME GOLPEA LA CATRA:

-PAPI... PAPI, VAMO' TOMÁ HELADO.

-¡NO HIJO! ¡HACE UN CALORÓN!

-POD ESO PAPI, LOS HELADOS SE TOMAN CUANDO HACE CALO.

-NO HIJO, ESTOY DURMIENDO.

-NO PAPI, TÁS DESPIETO. DALE, QUEDO HELADO DE VAINILLA.

ME SIENTO EN LA CAMA Y ME PONGO LAS OSOTAS. MITO A MI HIJO, ESTOY POR RETARLO, Y ME DICE:

-TE AMO PAPI.

ME DETRITO Y EN ESE MOMENTO PERCIBO QUE SON ESAS PALABRAS LAS QUE NOS DEBILITAN COMO LA KRYPTONITA A SUPERMAN. Y VUELVE AL ATAQUE EL PEQUEÑO TOMI:

-PAPI LLEVEMO KATING.

-NO HIJO, ES PESADAZO Y TENGO QUE BAJARLO POR LA ESCALERA.

-PAPI LLEVEMO KATING.

-NO HIJO, TOMAMOS UN HELADO Y VOLVEMOS.

-¡¡UH, PÁ!! QUEDÍA JUGAD UN DATITO CON VOS.

MARCHAMOS CON 39°, CON EL KATING Y MI HIJO VESTIDO DE POWER RANGER PORQUE A ÚLTIMO MOMENTO ME CONVENCÍ QUE QUERÍA PONERSE EL DISFRAZ. CAMINAMOS CINCO CUADRAS DE UN DESOLADO SAN VICENTE Y LLEGAMOS A LA HELADERÍA. EN LA PUERTA UN CARTEL DICE: "CERRADO POR REFACCIONES".

-ESTÁ CERRADO HIJO.

ME MITA COMO SI YO FUESE EL CULPABLE Y ME GRITA CON TODA SU FUERZA:

-¡¡¡Puto!!!

DOS VIEJITOS QUE PASAN AGATZADOS DE LA MANO SE DAN VUELTA COMO ESPANTADOS Y YO MIRZO PARA OTRO LADO.

-¡¡HIJO!! ¡¡ESO NO SE DICE!!

ÉL COMIENZA A LLORAR, LO SUBO AL KARZING, Y ME DIRIJO A LA PLAZA LAVALLE. COMPRO UNA GASEOSA, ALFAJOS DE MAICENA Y PAPITAS. TOMI SE CALMA Y NOS SENTAMOS DEBAJO DE UN ÁRBOL. INTENTANDO SER UN PAPÁ POSMODERNO Y LIBETAL, RETOMO LA EXPLICACIÓN DE SU EXABRUPTO:

-HIJO, NO SE DICE "PUTO". ES FEO, ESTÁ MAL.

-¿PO QUÉ PÁ? -MIENTRAS SE ATTRAGANTA CON EL ALFAJOS Y LAS PAPITAS.

-ES FEO PORQUE ES DISCRIMINATORIO.

-¿ES QUÉ, PÁ?

-NO, BUENO, VISTE COMO TU TÍO QUE ESTÁ CON UN CHICO.

-SÍ.

-BUENO, A LOS CHICOS QUE ESTÁN CON CHICOS SE LES DICE "GAY". "PUTO" ES FEO, NO QUIERO QUE LO DIGAS MÁS.

AL DÍA SIGUIENTE, VOY A BUSCAR A TOMI AL JARDÍN, LO SUBO EN EL ASIENTITO DE ATRÁS DE LA BICICLETA. EL DÍA ESTÁ HERMOSO, VAMOS CRUZANDO POR EL PARQUE SARMIENTO, Y LE PREGUNTO:

-TOMI, ¿CÓMO TE FUE EN EL JARDÍN?

-PAPÍ, ME DI CUENTA DE ALGO HOY.

-¿QUÉ HIJITO?

-¡¡YO SOY GAY!!! -FRENO LA BICICLETA ABRUPTAMENTE, LO MIRZO, LO BAJO Y, VAMOS A SENTARNOS DEBAJO DE UN ÁRBOL EN EL PARQUE SARMIENTO.

-NO HIJO, VOS SOS MUY CHIQUITO PARA DARTE CUENTA DE ESO.

NOS QUEDAMOS EN SILENCIO. ÉL ME MIRZA.

-¿ME COMPRÁS UNA COCA, TETI?

-NO HIJO. Y DECIME "PAPÁ". ¿POR QUÉ DECÍS QUE SOS GAY?

-Y PORQUE YO EN LOS RECREOS JUEGO CON LOS CHICOS, Y LOS CHICOS QUE ESTÁN CON LOS CHICOS ¡¡¡SON GAY!!!

NO QUIERO SER GRANDE

Es viernes y tengo un día complicado. Se me trastocaron unos horarios, así que tendremos que almorzar con Tomi en el auto, a tres cuadras de su colegio, un rato antes de su horario de clases.

Estaciono para comprar unas empanadas. Tomás se queda dentro de la camioneta y me hace señas para que compre una gaseosa. Compró seis empanadas, pero no me alcanza para la bebida, así que vuelvo solo con comida. Desde la vereda de enfrente veo que mi hijo canta, no lo escucho porque tiene las ventanillas cerradas, pero en fonomímica demuestra que está copado con una canción. Él me ve cruzando la calle y comienzo a bailar pegando saltos y me hago el que canto con micrófono, todo esto frente a la mirada atónita de los conductores de los autos que esperan el verde del semáforo.

Me subo al auto, Tomi está escuchando fuertísimo un CD de Phil Collins y canta gritando a todo lo que da. Rompo la caja a la mitad improvisando dos platos y reparto las empanadas, cuatro para mí, dos para Tomás.

–Estás loco papi, ¡cómo vas a bailar así en la calle! te miraban todos. Me encanta que te hagas el loco, pero no delante de mí, ¡me da un vergüenzón! ¿Y la gaseosa?

–No tenía más plata. Sos mala onda hijo, dejame bailar.

–Sí, te dejo bailar, pero no delante de los autos. Yo tengo plata para la gaseosa, tomá, andá a comprar que me estoy atragantando –y me entrega siete pesos en monedas.

—¿Y por qué tenés plata vos?

—Te la saco a vos, ¿cómo querés que tenga plata?, cuando me mandás a comprar cosas a la despensa me quedo con las moneditas ¿¿No va ser plata de mi trabajo, no?¿, porque yo no trabajo todavía.

Me vuelvo a cruzar la calle, compro la gaseosa con “la plata de mi hijo” y cuando regreso retoma la conversación, mientras tanto el CD sigue sonando a todo lo que da y Tomi repite una y otra vez la misma canción de Phil Collins.

—Yo no puedo ser grande, pá, porque no sé nada, en mi cole no me enseñan a ser grande, así que yo no voy a trabajar de nada.

—¿Cómo que no te enseñan a ser grande? No entiendo eso.

—Claro pá, no me enseñan a pagar impuestos, no me enseñan a meter la tarjetita en los bancos para que te den plata, no me enseñan a pedir plata por mi trabajo, así no puedo ser grande. Te digo una cosa pá, yo no quiero ser grande, mejor ser así, chiquito siempre.

—¿Y por qué no querés ser grande?

—¡Porque es aburridazo! Los grandes no juegan nunca a nada, trabajan todo el tiempo. Yo sé jugar a la escondida, al ladronpoli. A mí me gusta ser poli, corro más rápido que el Tomás de la planta baja y más lento que el Tomás de la torre azul. Decime, ¿vos viste a un grande jugando al ladronpoli? Yo no vi a ninguno, así que yo quiero ser de ocho años. No cumplo más años, bueno cumplo para que me hagan regalos, pero no cumplo para sumar. Siempre de ocho años y listo.

Tomás baja la música, comparte su gaseosa conmigo, baila un poco con los pies encima de la guantera del auto.

–Che, Tomi ¿y me dejás jugar al poliladron con ustedes?

–Yo te dejo, le voy a preguntar a los chicos si te dejan.

¿Vos corrés rápido?

–¡Yo corro rapidazo!

–Bueno, un día yo te busco para que bajes a jugar, pero no te vayas a hacer el loco. Jugá bien, sino me va a dar vergüenza. Vos vas a ser de mi equipo, ¿entendiste? y yo te voy a enseñar a esquivar y a atrapar bien. Vos mirame a mí que de esto no sabés nada, y tranquilo que los chicos van a querer. Bueno, vamos al cole que se hace tarde y la seño se enoja cuando llegamos tarde.

Tomás vuelve a subir la música y baila. Yo ya me imagino jugando al poliladron con ellos y me encanta la idea.



¿QUIÉN SE ENFERMA?

Los hijos se enferman, eso es inevitable. Mi pregunta existencial es: ¿Por qué se tienen que enfermar ¡SIEMPRE! los viernes por la noche? Tal vez, su sistema inmunológico les avisa: “¡Es viernes, es viernes!, tus papis están por salir”, “¡es viernes, es viernes!, mañana no atiende tu peditra”, “¡es viernes, es viernes!, tus padres te podrán cuidar todo el fin de semana”.

Los hijos se enferman, pero el problema en nuestra familia es que generalmente cuando uno cae, el otro lo acompaña. Es como una especie de solidaridad entre hermanos, o con la economía de sus padres, ya que el médico amablemente nos hace un 2x1 en la consulta.

Pero el mayor problema cuando mis hijos se enferman, es su papá, o sea yo. Como dice la Negrita: “Amor, ¡¡TE PONÉS INSOPORTABLE!!”. Es que no puedo evitar angustiarme. Siento que es el fin del mundo cuando el termómetro marca 37°. ¡Sí, ya sé que eso no es fiebre!, pero para mí es la sensación de que se aproximan las complicaciones más tremendas.

Es viernes por la noche. La Negrita alza a Ciro dormido para llevarlo a su cuna, y me dice:

–Amor, Ciro tiene 38°.

No me explico cómo hace para saber, con solo levantarlo, qué temperatura tiene nuestro hijo.

–¿Cómo que tiene 38°? ¿Seguro, Negrita?, si no le tomaste la fiebre. No digas que tiene fiebre, no me asustes, a ver, ¿dónde está el termómetro?

Como buen padre, nunca sé dónde están las cosas. No las encuentro con mis hijos sanos, menos cuando están enfermos. Estoy a punto de desesperarme, y justo aparece la Negrita con el termómetro en la mano. Le tomo la temperatura, marca 38° grados exacto.

A partir de este momento, comienzo a entrar en un cuasi pánico alterado, con síndrome preguntista:

—¿Cómo se enfermó, Negrita? ¿Qué tendrá, Negrita? ¿Cuándo empezó? ¿Llamamos al médico? Son las 12 de la noche, ¿lo llamamos? ¿Vos lo desabrigaste?

Cuando la última pregunta osa responsabilizarla de la enfermedad, ella inteligentemente me clava una mirada y me dice: —Yo no soy médica, ni bruja, ni mamá virus. Quedate tranquilo que es fiebre nomás, mañana llamamos a su pediatra y a partir de ahí vemos.

La noche se hace eterna, Ciro duerme con nosotros y a cada rato lo miro, le toco la frente, tomo agua, me doy vuelta. Lo miro, le toco la frente, tomo agua, me doy vuelta. Lo miro, le toco la frente, tomo agua, me doy vuelta, así hasta la ocho de la mañana.

Cuando nos levantamos, lo primero que hago es llamar al médico, y nos da turno para el mediodía. Luego, llamo a mi trabajo para avisar que no puedo ir. Mientras tanto, Tomás se despertó y tiene mucha tos. Aparece en la cocina con los ojos hinchados y me dice:

—Papá, yo también voy al médico, estoy hecho bosta. Ya me tomé la fiebre, estoy igual que el Cirito: 38°... ¿qué día es hoy, pá?

—Sábado.

—¡¡¡Qué mala suerte!!! ¡¡¡No voy a poder faltar al cole!!!

A las 11.30 toda la familia está en el consultorio de nuestro gran médico, el doctor Orschanski. Luego de revisarlo al Tomi, da su diagnóstico: Faringitis.

Lo revisa también a Ciro, que llora desde que lo mira hasta que vuelve a los brazos de su amada mamá, y da su diagnóstico: Bronquitis. Nos regala los medicamentos y volvemos a casa.

Darle el medicamento a Ciro es sentir la muerte en cámara lenta. No hay manera de convencerlo: ni con juguito ni en cucharita ni con la jeringa. Lloro, se retuerce, se pone colorado, y cuando terminamos de dárselo me vomita desde la cabeza hasta los pies. Lo intentamos durante tres días, cuando ya pasaron cuatro días, Tomás está totalmente curado y Ciro sigue con fiebre. Intento darle el medicamento y me vuelve a vomitar todo. Estoy literalmente bañado en vómito, cabeza, pantalón, zapatillas y piso. Así como estoy vuelvo a llamar al médico. El doctor me recomienda que cambie el medicamento por otro, y me dice que lo lleve a la guardia de la clínica y que le coloquen Reliveran inyectable.

Corto el teléfono, y saco mis conclusiones:

—Negrita, ¿le ponemos el Reliveran inyectable? Le va a doler, ¿qué hago? Ah, me voy a comprar el otro antibiótico. ¡Ya sé! le voy a comprar Reliveran en gotas y se lo damos con gaseosa, y si vomita, ahí lo llevo a poner el inyectable, ¿ah?, ¿hago eso? —y me contesta:

—¿Qué te dijo el médico, amor?

—Que le ponga un inyectable de Reliveran y le cambie el antibiótico por... —en ese momento me percaté de que no anote el nombre del nuevo medicamento y que no

tengo la menor idea de cómo se llama-. No me acuerdo Negrita, uy, no me acuerdo –cuando estoy marcando nuevamente el teléfono del doctor, me dice:

–Azitromicina.

Me sorprende que ella lo sepa, entonces pregunto:

–¿Cómo sabés el nombre?

–Porque cuando cortaste, empezaste a decir como un autómata: Azitromicina, Azitromicina, Azitromicina, Azitromicina. Calmate querés.

Salgo corriendo a buscar una farmacia, no entiendo por qué lo hago corriendo y no voy en mi auto. A las seis cuadras encuentro una, compro y vuelvo corriendo a casa. Llego y abro el Reliveran, la Negrita está tomando unos mates con Ciro en brazos. Abro el Reliveran y tomo un trago, la Negra abre los ojos como diciendo: “Estás completamente loco”, y yo me justifico:

–Lo hago para saber qué sabor tiene, pero no sabe a nada. Antes era asqueroso.

Lo miro a Ciro y le digo:

–Amorcito, esto es rico –y me contesta con un “noooooo” sacudiendo la cabeza.

Me doy cuenta de que me falta la gaseosa y vuelvo a salir corriendo hacia el quiosco, otras tres cuadras. Vuelvo, sirvo en un vaso y, a escondidas de Ciro, le echo gotas de Reliveran. Lo pruebo, está rico, pero me doy cuenta de que tomé demasiado y, por ende, me he tomado el medica-

mento, así que tiro lo que queda en el vaso, vuelvo a servirlo y le coloco las 10 gotas de Reliveran. Se lo doy a Ciro y lo toma con entusiasmo, yo respiro, y festejo diciendo:

–Lo tomó, Negrita, lo tomó. ¡¡Bieeen!!

Pongo el cronómetro para que dentro de una hora me avise y darle el antibiótico. A la hora y sin ayuda de ningún reloj, la Negrita toma una cucharita y le da el medicamento. Ciro llora, hace arcadas, se pone colorado, y yo de fondo pego saltitos diciendo:

–No vomites Cirito, no vomites Cirito, no vomites.

Finalmente, ¡lo logramos!, Ciro no vomita y se repite la rutina por tres días. Por fin, está sanito. Cuando todo vuelve a la normalidad, mi pareja me sienta en la cama y me dice:

–Lo más difícil cuando se enferman nuestros hijos, ¡sos vos!

¿MESSI ES EL MEJOR JUGADOR DEL MUNDO?

Tomí no tiene clases y aprovechamos la mañana para practicar las divisiones, pero no hay manera de que le salgan, no sabe cuándo tiene que dividir o multiplicar. Se cansa y cierra la carpeta. Me pide que haga unos matecitos así disfrutamos de la mañana sin colegio, yo acepto y pongo la pava, y luego nos sentamos a tomar mates en el suelo.

–Papi, viste que yo no soy bueno para las divisiones ¿no?

–Sí, te cuesta hijo, ya te van a salir.

–El Ciro es bueno para comer, y yo para jugar al fútbol ¿no?

–Sí, y son buenos para muchas otras cosas también. Ustedes son bellos.

–Bueno papi, estamos hablando de otra cosa, siempre nos decís que somos hermosos. Yo pregunto pá, ¿Messi es el mejor jugador del mundo?

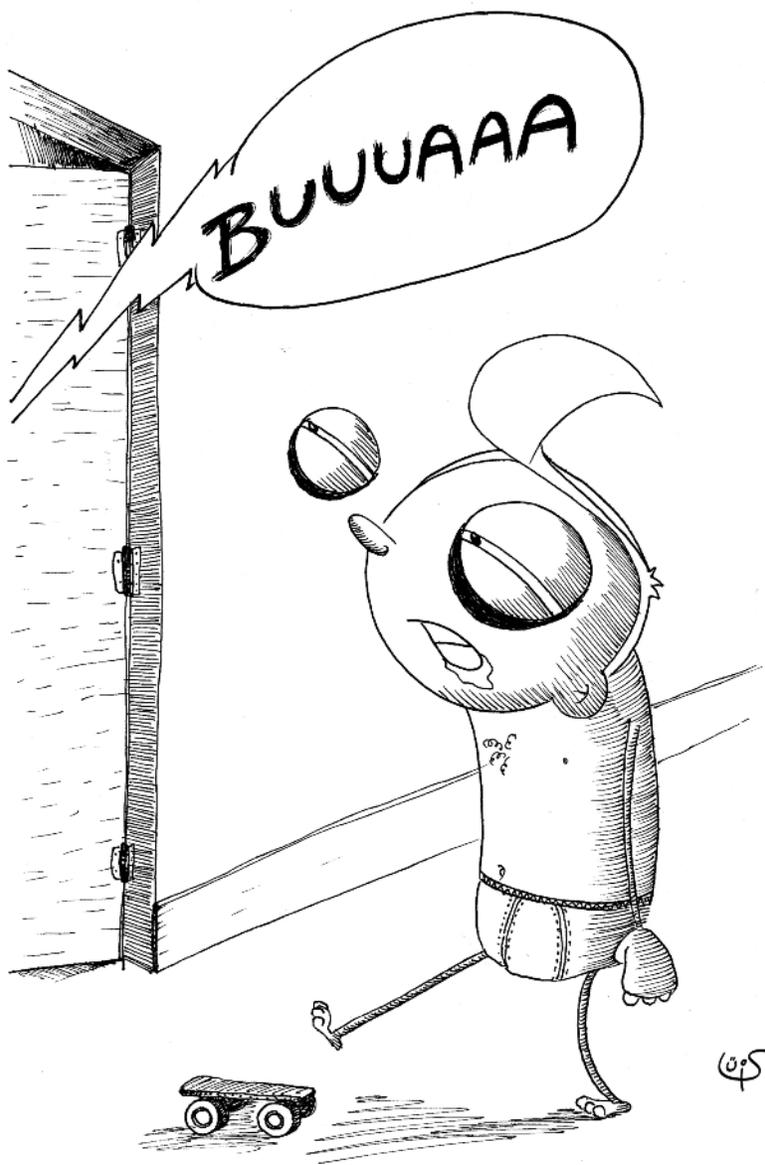
–Sí hijo, eso dicen.

–¿Quién lo dice? ¿Cómo saben que él es el mejor del mundo entero?

–Y, por lo que dicen, por lo que hace, por todos los premios que gana.

–Es imposible saber que él es el mejor del mundo porque, mirá, yo pienso ¿no? que si uno, o sea cualquiera en el mundo pá, que vive por ahí perdido, o acá a la vuelta uno nunca sabe, está jugando en este momento en un lugar, sin que nadie lo mire, justo ahora pá, sin cámara, sin nadie, solo con otros jugadores y en este momento él, ese chico o ese grande está pasando a todos, hace un taco, sombrerito, le pega desde lejos, pega en el travesaño, justo en este momento pá, hace una chilena y la clava en el ángulo y ¡gooooooooooooo! ¿Ves? Eso está pasando ¡y nadie lo ve en el mundo! Por ahí ese chico o ese grande es mejor que Messi, solo que Messi no lo sabe.

Y por ahí pá, yo no soy el peor del mundo en las matemáticas, las divisiones y todo eso.



- No hijo, vos no sos el peor de las matemáticas.
- Ni tampoco el mejor en el fútbol.
- Y no, tampoco sos el mejor.
- Me gusta tomar mate con vos. 4×4 es igual a 16. Cuando divido por cuatro me sé las divisiones, el problema son todas las otras tablas.

¿QUIÉN ES EL PADRE, QUIÉN ES EL HIJO?

Ayer la Negrita llevó a Ciro para que le coloquen sus vacunas, eso derivó en que estuviera toda la noche con fiebre, y hoy sigue igual.

Con las ojeras hasta el piso, me dirijo hacia la cocina para prepararle la leche a Ciro, pero Tomi me pide que no me acerque. Le digo que necesito pasar, pero él insiste:

-¡Por favor, no pases! -con cara de fastidio, le hago caso y me quedo en el comedor.

A los cinco minutos llega con un jugo de naranja recién exprimido, y me dice:

-Este es mi regalo para vos, pá. Tomalo que yo lo hago dormir al Ciro. Increíblemente, lo hace dormir en dos minutos. Disfruto tomando mi jugo. Tomi se acerca y me da un beso. De golpe, por un momento, siento que se intercambiaron los roles y no puedo evitar emocionarme.

LADRONPOLI

Son las 20, estoy acostado, disfrutando de la tranquilidad de un día domingo, y de repente, entra Tomi corriendo y aceleradísimo me dice:

–Dale pá, apurate, ¡hoy jugás al ladronpoli! ¡¡Daleee!! ponete las zapatillas y poné ganas que tenés que correr. Todos te están esperando en el lugar de elección.

Es imposible negarme a semejante desafío. Me coloco las zapatillas y el pantalón de gimnasia. Bajo a la placita donde todos me reciben con fuertes gritos. Hay aproximadamente 12 niños entre los ocho y 11 años. El más grande de ellos está subido al cuarto escalón del tobogán, tiene una musculosa negra que dice: “Ojo conmigo”. Él es el encargado de la elección y me explica cómo son las reglas para saber si vas a ser policía o ladrón:

–Si te toca ladrón o policía, ¡a no llorar como nenita! –grita para que todos lo escuchen–, y te dejamos jugar a vos grande porque sos copado con nosotros.

Extiende su mano hacia adelante con la palma hacia abajo y todos debemos pegar un dedo en su mano, el dedo que agarra es policía. Así se va desarrollando la clasificación, y cuando llega a seis policías escogidos, dice:

–Todos los demás son ladrones.

Tengo la suerte de ser ladrón, mi hijo también está en el mismo grupo. Me guiña un ojo, me pega un palmada en la espalda, y me susurra algo que no logro entender.

Cuando me estoy preparando para empezar a correr, el más petisito de todos, tira como un conjuro o una regla que nadie me había explicado:

–¡¡¡Sin gritar ni chistar el que se sienta cambia de verdad!!!

Inmediatamente, todos los que eran policías se sientan y yo como en un acto reflejo me tiro al piso también. Me percató que los únicos que quedaron parados son los ladrones, y me doy cuenta de que estoy haciendo algo mal, porque mi hijo que está parado se toma la cabeza y dice:

–¡¡¡Papaaaá sos un nabo!!!

Rápidamente, cae la sentencia:

–¡El único policía es el papá del Tomi, todos los demás somos ladrones! –y todos festejan, saltan y se ríen. Yo quiero pedir explicaciones, pero todos gritan al unísono:

–¡¡¡Sin gritar ni chistar el que se sienta cambia de verdad!!!

Por las dudas que no haya entendido, un niño se me acerca y me confirma mis sospechas:

–Señor, usted se sentó y el que se sienta cambia de verdad, no se tendría que haber sentado porque nadie quiere ser policía, es mucho más lindo que te atrapen, ¿usted jugó alguna vez a esto?

Apenas termina de decirme eso, todos comienzan a correr desaforados por el parque, corren detrás de los árboles, usan los edificios del complejo para esconderse. Yo intento agarrarlos, había pensado que iba a ser mucho más sencillo, pero debo poner lo mejor de mí para “llevarlos a la cárcel”, y una vez atrapados se deben sentar en los bancos de la plaza.

Me queda uno solo, todos vitorean su nombre:

-¡Sa-muel! ¡Sa-muel! ¡Sa-muel!

Tiran advertencias como: “Es el más rápido”, “Es el que mejor se esconde” y “Esquiva como un demonio” –y rematan:

-¡Vamos Samuel que el viejito está cansado!

Me doy vuelta, y riéndome les digo:

-¡¡¡Ya van a ver cómo corre este viejito!!! –y me pongo a payasear. Tomás se agarra la cara y grita:

-¡¡Papá noooooo!! ¡¡corré no te hagas el pavo!!

Samuel es realmente una liebre endemoniada, esquiva, se esconde cuando estoy a punto de agarrarlo, pega un giro increíble a escasos centímetros de mi mano. La persecución es festejada por sus amigos, mientras más dura, más se entusiasman y le dan consejos a Samuel: “¡Por la azul!” , “¡Andate por la barrera!” , “¡Escondete en lo de la Mili!” , “¡¡¡Hacele la traba de la muerte!!!” .

Me preocupa eso de la “traba de la muerte” y grito:

-¡¡¡Eso no vale!!!

Cuando estoy a punto de atraparlo, luego de una carrera en línea recta de 30 metros, un niño subido al banco de la plaza grita con toda la fuerza de sus pulmones:

-¡¡¡¡Samuuuu, escapá que este grande corre como si nunca hubiese tenido infancia!!!!

La frase hace que me distraiga y detenga la marcha, me doy cuenta de que no doy más y me tiro al piso, estoy súper transpirado, todos los niños han levantado el brazo del héroe de la noche, el gran Samuel. Tomás, mi hijo, está parado a mi lado y me consuela:

–Papi, no te hagas drama, al Samu no lo atrapa nadie.
Me quedo un buen tiempo tirado, disfruto del momento, de las risas, del juego, disfruto de mi “nueva infancia” compartida con mi hijo. Me levanto despacio, los niños están a mi lado y me sorprende que también me felicitan:
–Buena corrida señor, buena corrida. Cuando quiera venga y juegue con nosotros, ¡si el Tomi lo deja!

EL GRAN GOLPE

Estoy dando una clase de mi taller de teatro, y en un pequeño intervalo me surge la necesidad de llamar a Vale para saber cómo están mis hijos.

–Hola amor –escucho el llanto de Tomás de fondo– ¿qué pasa? ¿por qué llora el Tomi?

–Me está contando. Dice que estaba jugando en la placita de abajo y pasó un chico más grande que él y, sin decir nada, le pegó una trompada. Tiene el brazo morado, pero no vengas que...

Corto el teléfono, suspendo lo que queda de la clase y salgo enfurecido para el complejo donde vivo. En el trayecto hacia mi casa imagino alguna clase de venganza contra ese “muchacho” que le ha pegado impunemente a mi pequeño hijo. Estoy enojado, voy hablando solo:

–Ah no, esto sí que no puede ser. Voy a hablar con el padre de ese chico. Debe tener 16 años. ¡¡Ya sé quién es!!

¡¡el que juega al fútbol y le saca la pelota a los demás chicos!! ¡¡ese es seguro!! Si tiene 16 años lo cago a trompadas... no, mejor no, voy a ir preso, pero le voy a meter una apretada... Aprovecharse de un nene de ocho años. Lo voy a hacer cagar. Sí, no me importa nada.

Llego a mi casa con una enorme calentura, abro la puerta, mi hijo me ve y se vuelve a largar a llorar. Su madre me hace un gesto y en fonomímica me dice: “Exagera”.

Yo largo una batería de preguntas:

–¿Qué pasó hijo? ¿Quién fue? ¿Está abajo? Mostrame dónde te pegó. ¿Es alguien del complejo? ¿Cuántos años tenía?

–No sé pá, me pegó un puñetazo y se fue, no le pregunté cómo se llamaba.

Me muestra el brazo y tiene un moretón bastante grande.

Sigo preguntando, ahora a Vale:

–¿Qué pasó Negrita? ¿Quién fue? ¿Era grande? ¿Es alguien de acá, del complejo?

–No sé, cuando bajé ya no estaba, pero la vecina del cuarto piso lo trajo a Tomi y creo que vio todo.

Me dirijo al cuarto piso y toco el timbre. Sale una señora y me cuenta que no vio quién le pegó, pero que Tomi le contó que fue un chico más grande que él. Y ella avisó a los guardias del complejo. Bajo con mi hijo a la plaza a ver si todavía estaba el agresor. Ya no se encontraba. La noticia comenzó a correr, se acercan unas madres preocupadas y me dicen:

–Así que le pegaron a tu hijo, me contó Juana –comenta una.

–El guardia dice que no vio nada. Estamos muy preocu-

padas. Ya le avisamos a todas. Esto nunca había sucedido –agrega otra vecina.

–Es que ustedes, los padres, los dejan jugar solitos acá, es una imprudencia. Va a suceder una desgracia en cualquier momento. Un día de estos se van a robar un nene, ¡van a ver! –remata otra.

Me escapo de esa situación porque ya me estoy asustando demasiado. Subo a mi casa y comienzo un diálogo profundo con mi hijo:

–Tomi, a partir de ahora no salís más solo, ¿entendiste? Es peligroso. Así que ahora invitás a tus amigos acá y se quedan a jugar en casa.

–¿No voy a poder salir más papi?

–No, hijo.

Hace un silencio largo. Veo que mi hijo tiene el cuerpo como incómodo frente a esa determinación. Entonces, le pregunto:

–¿Qué más pasó hijo? decime –ya imagino la peor de las cosas–, decime la verdad que papi no te va a retar.

–Bueno pá, la verdad es que no me pegó nadie... estaba jugando y me caí solo.

Su respuesta me desorienta, es como un cross a la mandíbula, no sé qué decir:

–No hijo, estás mintiendo. Decís eso para que te vuelva a dejar salir. Sí te pegó alguien. Mirá que si inventaste todo esto, te juro que estás en penitencia un mes –empiezo a engranarme– no salís más hasta los 21 años, ¿entendiste?

–¿Dentro de un mes voy a tener 21 años mami? –su comentario me enoja más todavía.

–Vas a salir cuando termines el secundario recién. Tu novia te va a venir a buscar acá... ¡Decime la verdad hijo!

–Está bien papi, sí me golpeó alguien con un palo.

De repente me doy cuenta de que en su relato anterior me había contado que le pegaron con la mano. Tomo la determinación de bajar a la plaza con mi hijo para reconstruir el hecho y que me muestre bien dónde fue. Cuando estoy cruzando la plaza, las vecinas comienzan a acercarse, son como seis, entre ellas hay un nene de siete años que cuando lo ve al Tomi dice en voz bien alta:

–Che Tomi, ¡qué golpazo te pegaste en la hamaca!, morado te quedó el brazo.

Se hace un tremendo silencio y todas las vecinas me miran con odio. Tomi que está tomado de mi mano, mira para abajo escondiendo su vergüenza. Y el amigo remata:

–¡Uy! cierto que me dijiste que no dijera nada –su amigo percibe que rompió un pacto de silencio e intenta arreglar la situación–. Sí, te caiste solito, pero después pasó el grandote y te pegó una piña, ¡así fue! ¿no? Una piña fue Tomi ¿no? –como Tomi no contesta, su amigo sigue–. Ah, no, dos grandes le pegaron.

Enfurecido vuelvo con mi hijo a casa, Vale ve mi cara desencajada de bronca y pregunta:

–¿Qué pasó?

Y Tomás contesta:

–Nada más, ¡que voy a estar en penitencia hasta que me muera! Chau, me voy a la pieza, salgo cuando sea viejito, ¿saben? –y se larga a llorar.

VERGÜENZÓN

Con Tomi tenemos una competencia que consiste en hacer payasadas delante de otros para darnos vergüenza. Cada vez que uno hace algo, y el otro siente que es un papelón, suma puntos. Con orgullo puedo decir que en la clasificación final voy ganando 50 a 30.

Es sábado al mediodía y estamos yendo a comprar el pan. Mientras bajamos en el ascensor, entra una pareja, y Tomás exclama:

–¡¡Papá te cagaste!! ¡¡Qué asco!!

Me quedo atónito, las personas me miran como si fuera un desubicado, intento reparar la situación diciendo: “¡Tomás no digas eso!”, y él me contesta:

–¿Qué querés que diga? ¿que fui yo? ¡Claro, como yo soy más chico! Nooo, ¡fuiste vos papá, fuiste vos!

Llegamos a la planta baja sin decir una palabra, solo Tomi se tapa la nariz frente a un inexistente olor, haciendo sonidos como: “¡Ufff!”, “¡Puaj!”.

Salimos, la otra pareja se aleja, y empiezan a reírse sin parar. Yo estoy muy colorado, y le digo:

–¡¡¡Tomás!!! ¿¿Cómo me vas hacer eso?? –y él me retruca:
–¡¡200 PUNTOS!! ¡¡GANADOR!! ¡¡¡CAMPEÓN DEL MUNDO DEL VERGÜENZÓN!!!

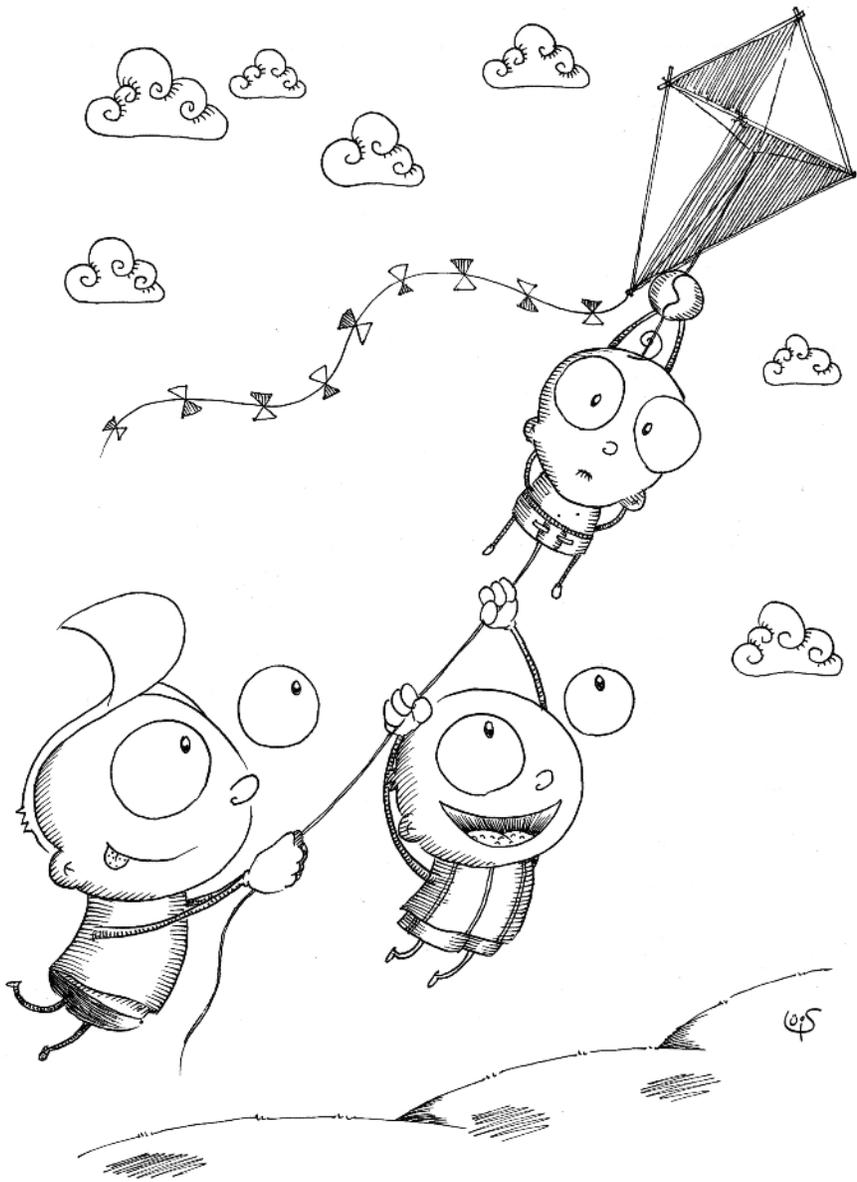
A partir de ese día no jugamos más. Asumo mi derrota de manera irrevocable.

El Futuro

Está nublado y fresco. Ciro mira la puerta del departamento y me hace seña de que quiere salir. Me parece maravillosa su idea y bajamos a la placita para tomar un poco de aire. Tomi acepta la invitación y en un minuto estamos sentados los tres con el mate, la patineta y un tractorcito amarillo, disfrutando de un hermoso lunes.

Ciro ha descubierto el tobogán así que una y otra vez me pide que lo suba; se tira solo, con su hermano, conmigo, y abre los ojos llenos de susto y alegría, cada vez que se desliza por la rampa. Mi espalda comienza a cansarse y cambiamos el juego por el arenero y el tractorcito. Tomás practica con su patineta a la cual bautizó “Fueguito el diablo”.

En un momento de descanso, mientras tomamos mate, y Ciro se alimenta con un poco de arena, Tomás me dice: –¿Sabés una cosa papi? El futuro no existe. Porque uno va hacia allá, o sea quiere ir al futuro, cuando va a llegar al futuro, ya no existe, porque no es más futuro y hay otro más adelante, por eso el futuro no existe. Yo te puedo decir a vos o a la mami o al Cirito: “Vamos para allá para el futuro”, eso es una mentira –se queda en silencio y yo no quiero intervenir porque lo veo muy concentrado en su reflexión–. Me parece que solo es importante esto, el presente, porque este momento acá existe, así que mejor nos quedamos acá.



Tomás agarra su patineta y prueba una nueva pirueta, Ciro se levanta y me señala el tobogán. Llegamos hasta lo más alto y nos sentamos para lanzarnos, pero esta vez es diferente: cierro los ojos y me concentro para sentir el aire en la cara, la carcajada de mi hijo con su abrazo final. Siento el presente en su totalidad y les aseguro que los árboles, la arena, el viento, el sol, el día, son distintos. El presente se hace mucho más brillante.



Se imprimieron 400 ejemplares de este libro
en el mes de mayo de 2013 en Editorial Copiar
(Entre Ríos 2075, Córdoba, Argentina)
editorialcopiar@arnet.com.ar

Libro es información,
es imaginación,
es cultura.

Libro es mundo,
es olor a papel y tinta,
es libertad.

Libro que vuela
y se posa en la terraza
para hacer su nido.



Ediciones de la Terraza es una editorial independiente cordobesa dedicada a la literatura y a la ilustración, creada y soñada a partir de ideas de trabajo bien definidas:

Editar libros cuyos aspectos textual y visual sean percibidos como un todo, considerando para ello como "autores" tanto al escritor como al ilustrador de cada obra.

Registrar las ediciones bajo alguna de las licencias Creative Commons, apostando por la difusión de una cultura cada vez más libre.

Publicar las obras en diferentes formatos, tanto en papel y en versión digital como la posibilidad de explorar otros soportes.

Otros Títulos:



Tembler y otros relatos

Textos:

Fabricio Esperanza

Ilustraciones:

Mauricio Micheloud



¿Quién se llevó el cepillo de Sebastián?

Textos:

Gabriela Vazquez

Ilustraciones:

El Esperpento

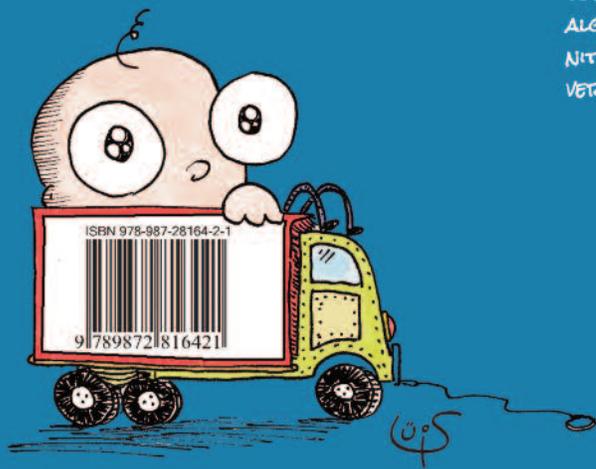
SÚPER PAPÁ: TAMBIÉN CONOCIDO COMO TETI. PROGENITOR DE TOMÁS Y CIRO. LUEGO DE TREINTERADAS SITUACIONES INUSUALES EN LAS QUE SE VE INVOLUCRADO EN SU ROL DE PADRE, DECIDE RETIRARSE A LA ESCRITURA Y CONTEMPLACIÓN PARA PLASMATR SUS MEMORIAS PATERNALES. EL PRESENTE LIBRO RESULTA SER UN ANECDOTARIO DE DICHA EXPERIENCIA DE LA QUE ORIGINALMENTE SE CONOCE UN BLOG DE POPULAR ACEPTACIÓN

LA NEGRITA: COMPAÑERA INFALTABLE DEL SÚPER PAPÁ. SU ACCIONAR COMO MADRE ES FUNDAMENTAL PARA SOCORRER, EN MÁS DE UNA OPORTUNIDAD, A SU COMPAÑERO.

TOMÁS: HIJO MAYOR DEL SÚPER PAPÁ. DE CARÁCTER CONTESTATARIO E INAGOTABLE CAPACIDAD DE IMAGINACIÓN. PUEDE GENERAR LAS SITUACIONES MÁS DESOPILANTES QUE PONDRÁN A PRUEBA LA CAPACIDAD DE TETI COMO RESPONSABLE COMPARTIDO DE SU EDUCACIÓN.



CIRO: HIJO MENOR DEL SÚPER PAPÁ. PORTADOR DE UNA TERNURA INACABABLE, TODAVÍA SE DESCONOCE SI ES HEREDERO DE ALGUNO DE LOS SÚPER-PODERES DE SU PROGENITOR. ES CAPAZ DE GENERAR MOMENTOS DE VERDADERO APLIETO PARA CON SU PADRE.




Ediciones de la Terraza
www.edicioneslaterraza.com.ar